

En la búsqueda de identidades culturales*

Escenas, diálogos y personas
en la formación de un escritor

OTTO MORALES BENITEZ**

Declaraciones iniciales

Todavía no me explico por qué accedí tan fácilmente a hablar en este ciclo en torno a mi vocación de escritor, y cómo se ha desarrollado aquella. Tiene dos peligros igualmente alarmantes: el primero, que se debe volver sobre algunos aspectos muy personales y ello conduce a revelar zonas íntimas, lo que propicia el aparecer como vanidoso o impreciso. En segundo lugar, es insoslayable utilizar el primer pronombre, el yo, que es tan odioso en la escritura. Me he pasado desde mis inicios, tratando de evitarlo. Y, ahora, me siento atrapado entre sus dos letras. Amarrado a la "y" alargada y pretenciosa, y a la "o" que me dispara desde su círculo vigilante.

* Este es el primer capítulo del libro *"Latinoamérica: Atisbos desde Mérida"*, recientemente publicado por la Corporación de los Andes, que preside el Ex-Rector de la Universidad de los Andes, Ramón Vicente Casanova, profesor y autor de varios libros de derecho, sociología y relatos novelescos con trans fondo histórico, a quien agradecemos este acto de solidaridad con la inteligencia colombiana, N. de la R.

** Abogado, exministro del Trabajo y Seguridad social, exsenador de la República, candidato en varias ocasiones a la Presidencia de la República, historiador, escritor, profesor universitario, presidente del Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos.

Cómo comenzó a manifestarse

Decir cuándo, en qué instante se manifiesta la tendencia a escribir, es bien difícil. No hay un instante de revelación. Al menos, no lo tuve. Fue un peregrinaje lento, un ir reuniendo materiales, contemplando y profundizando sueños, recibiendo, por aluvión, disímiles incitaciones, casi todas sin propósito y varias subconscientes. Principié a verlas con claridad muchos años más tarde.

Todo, realmente, es muy confuso. Al menos para mí. Hago la remembranza de las muchas horas que pasaba leyendo los pequeños libros que teníamos a la mano, en un pueblo remoto de provincia. En años en que la carretera era un espejismo lejano. Las comunicaciones se hacían en mula, por caminos de despiadados peligros. A la arriería, se apelaba para el comercio, para las demandas urgentes de la comunidad. Lo cultural, como siempre, venía posteriormente. Lo esencial era vivir.

Debemos tener en cuenta que el medio para la inteligencia nacional, era restringido. En ese período el predominio, vigilante y condenatorio de la iglesia católica, se ejercía con todo denuedo. Había, censura política. Lo que no convenía a la doctrina del partido dominante, se excluía. El "Índice" de desalabanza operaba religiosamente y en nombre de una ideología. No teníamos, tampoco, bibliotecas, ni casas de la cultura, y la misión del estado en despertar ansiedades intelectuales, era muy parca. Nos debatíamos en un país de pobrezas y restricciones, agravadas por los prejuicios mentales. En Colombia estábamos al margen de las corrientes modernas. A pesar de que la primera guerra había arrasado con mil creencias; de que un aire revolucionario cruzaba por el universo; de que lo económico y social constituían ya parte de los temas fundamentales de la opinión pública y de los deberes del estado, aquí se vegetaba al margen de esas preocupaciones. Todavía se prolongaba el influjo de las tesis culturales de la Regeneración Conservadora de Núñez y de Caro que habían amojonado los linderos: el hispanismo y el catolicismo. De ahí no nos habíamos movido los colombianos. Y la actitud del clero no era tan abierta como hoy. Para evolucionar, hemos demandado muchos años, entre sorpresas violentas, dolores colectivos, remezones comunitarios.

Para acabar de situar el comienzo de mis reminencias, tengo que volver a mi infancia. De su niñez, muchos evocan los libros que leyeron. Igualmente lo hago: me parece ver a mi madre en una silla

alta, de madera, con un espaldar muy empinado, y unos brazos anchos, en los cuales se posaban sus manos, con las características de dedos largos y hermosos, con mucha riqueza de expresión, que ha caracterizado a sus parientes. Con unos ojos melancólicos, la tradicional mirada de las mujeres antioqueñas; con su pelo negro, hondamente negro, que le caía hacia atrás, en un manojo que discretamente se desprendía de una bella y delicada hebilla, que nos acercó, por primera vez al nombre de la italiana y embrujadora Florencia, pues esa era su procedencia. Desde ese sitio, con sus suaves delicadezas, nos leía novelas de amor. Y nos repetía versos que había aprendido en su casa solariega. Su belleza, en esas ocasiones, resplandecía aún más. Era cuando sentíamos el mundo iluminado.

Nuestro padre era hombre de negocios, lejos de afanes y devaneos intelectuales. Pero vivía informado de hechos y tesis que circulaban por el mundo. Tenía su oficina en la parte baja de nuestra casa. Era centro de desvelos cívicos y de batallas políticas. Por ella pasaba, sin exclusiones, el mundo abigarrado, popular y lleno de gracia, de mi pueblo. Y era lugar de cita y de refugio de toda la comarca del occidente de Caldas. Allí me familiaricé con los diversos y diferentes tipos humanos de esa región que cada vez observo con más curiosidad por el potosí impresionante de sus leyendas míticas; por su heterogénea integración histórica; por su compleja trabazón étnica; por las peculiaridades en la administración y derroche de sus riquezas. Nunca escuché un trato diferenciado para nadie: ni por su poder económico, ni por su prestigio personal, ni por su ascendencia política, ni por el señorío natural que emana de la presencia en ciertas personas. A los humildes se les recibía con igual euforia en el coloquio. Allí escuché los más extraños diálogos. En torno de los complicados asuntos de la vida y de la muerte. Nunca, mi padre, los hizo interrumpir por nuestra presencia. Dejaba que el complejo existir fluyera en las palabras. Muchos temas necesitábamos que él nos los aclarara. Jamás eludió volver sobre ellos. Los desmontaba de su misterio —ahora lo entendemos— deteniéndose en el justo límite hasta donde podía comprenderlo nuestra párvula mentalidad. Así mismo, creció la identidad con él, que no se dobló.

Los arrieros —eran centenares de acémilas en las que cargaban y descargaban café y pieles— arribaban con sus interjecciones, con sus broncos ademanes, con sus crónicas de las lejanías. Siempre aparecían con nuevas noticias. Así fuimos haciendo el aprendizaje

vital. Ellos son personajes centrales de mi niñez, e irrumpen constantemente. Cuántos duros y primitivos vocablos pueblan mis evocaciones. Pero cómo me enriquecieron con el relato de sus hazañas. Ellos eran correo y advenían con los mensajes de amor, de los negocios, de las fiestas públicas. Contaban cómo estaban los caminos y cómo se comportaban en las complacencias lujuriosas las mozas de las fondas. Aprendimos mucho acerca de los lances del galanteo. A la vez, ellos servían de periódicos: repartían las noticias. Aquellas se conocían de tarde en tarde y no se presentía, aún, la radio. Dominaban lo que hoy llaman el mundo de las comunicaciones. Unos venían de la vereda; otros de un poblado; los de mayor entidad de Medellín, Manizales, Pereira, Bogotá. Accedían con el prestigio de lo remoto, lo desconocido. Alzaban sobre su frente el sombrero blanco "aguadeño" y comenzaban sus narraciones. Aparecían el asombro !!! Hablaban, así, los intérpretes de lo que había sucedido y los arúspices de lo que vendría. Ellos, atracaban con la novedad en su lenguaje. Y con unos adjetivos violentos, en los cuales se apoyaban para amparar su lucha. En esos vocablos —apóstrofes que de pronto repetían cuando tenían una contrariedad demasiado inesperada o debían realizar un esfuerzo inaudito— asentaban su hombría de bien, de honradez acrisolada. En aquellos se apuntalaban para aligerar el peso de la carga. Lanzaban sentencias para condenar la falta de solidaridad de las mulas retrecheras. Estas aparecían ariscas, recelosas, de temperamento esquivo, en muchas ocasiones. Eso sí, siempre con una singular sensibilidad.

Perdonadme que me detenga en las reminiscencias. Tengo que llevar mi memoria hacia mi casa, al lugar de mi nacimiento, lejano y entrañable, la bruma que lo cubría ciertos días, los varones toscos que seguían fluyendo hacia la oficina de mi padre. Los campesinos con su café, que hacían sus observaciones sobre el tiempo, que hablaban de semillas, del ganado, de los árboles. Allí comprendimos que conversar amplía nuestro panorama humano, ennoblece y engrandece las empresas que reciben su soplo. De esa manera, los interminables coloquios de mi padre con los seres más disímiles, cubren de adjetivos mi niñez, mi primera adolescencia. Ellos me educaron. Aprendí lo esencial de la existencia.

Los mineros

Pero esa oficina de negocios, tiene para mí otras resonancias. Muchas, por cierto. Por allí pasaban los mineros. Los conocí de muchos grados en su riqueza. Tratemos de reconstruir sus imágenes.

Los de mi pueblo se dividían, para mí, en dos categorías. Los que no tenían minas propias. Que ejercían el oficio de barequeros. Que cumplían tareas modestísimas, buscando el tomín de oro en socavones arrendados, con ya probadas mermas en su rendimiento. O que recogían tierras desechadas por los que tenían poder económico, que se amontonaban y le arrancaban su "pepita de oro", haciendo gran alarde de lo que esperaban en el futuro. Y evoco a los dueños de las minas. Poderosos en sus gestos; elegantes en medio de su descomplicado atuendo; con paños ingleses que eran vistosos en medio de las telas toscas de las gentes de la región. Rumbosos sin ostentación, porque su dinero corría para el goce de la comunidad. Las cantinas servían el licor para todos por cuenta de los señores de la burguesía local; a los caballos se les refrescaban sus lomos con champaña; muchas cortesanas —inclusive las que procedían del exterior— prodigaban resplandores paganos al lento transcurso de las horas. Unas orquestas, de ejecutantes mágicos —la música siempre ha sido en el Riosucio de Caldas signo y orgullo de sus habitantes— iban inundando de melodías las tardes de los sábados, que siempre fueron volcánicos de zumos y de hechicerías.

Esta ardiente y sensual alacridad, cuando pasaba la quimera del oro —eran minas "materas", de las cuales desaparecía, a veces por muchos meses el metal precioso— se volvía, también, miseria colectiva. El esparcimiento se encogía y cubría la totalidad de las almas. Y así dejaban los caballos de resonar con sus cascos poderosos en las calles de piedras pulidas. Las mozas del partido se marchitaban y cambiaban de amantes. Las pianolas —con músicas de Beethoven y de Chopin— entraban en afonía. Una losa de silencio cubría el alma del pueblo.

En ese instante, yo escuchaba, encaramado en unos bultos de café, las conversaciones más llenas de colorido. El minero no perdía la esperanza. Esperaba al día siguiente reconstruir su bonanza. El brillo del oro lo perseguía. Ha sido y es un hombre que confía en el porvenir. No hay posibilidad de que se dobleguen sus vigiliás. Haciendo la descripción de cómo va la "veta", es decir, el pequeño hilo conductor que le llevará a la gran "mata", se le siente casi en los lindes de lo hiperbólico. Es el éxtasis, el delirio, el frenesí. Esto explica que en ningún momento el minero —aun cuando arrastre miseria— la predique o la consienta. Se le nota en su ropa raída; en los zapatos desportillados; en las camisas que han ido perdiendo, con el exceso de uso, su brillo; en que ya no hay orquestas que interpreten sus creaciones para regodeo colectivo del

vecindario. En esos críticos instantes, les oí las reseñas más inverosímiles. Convivía con sus protagonistas. Fue su contertulio. Y, en muchas ocasiones, compraba el producto. Por ello lo rodeaban y siempre estaban, fosforescentes, con los voquibles más llenos de júbilo; con las descripciones más ricas en asombros. Así se debe manifestar la plenitud del ejercicio de la ilusión. No declinaban las frases hacia la melancolía. A pesar de que ya no existían denarios para alimentar la bohemia colectiva; de que los violines no dejaban escuchar sus ritmos al amanecer; de que las mujeres báquicas huían ante la pobreza, el minero estaba allí: resplandeciente, diciendo sus conjuros. Estos se volvían los más contagiosos, regocijados, relucientes que se permitiera entreoír. Así se fue ensanchando mi existencia de vocablos y de dichos. A esta circunstancia, le debo parte del alborozo que poseo para afrontar las luchas especulativas.

Los extranjeros

El oro condujo a muchos extranjeros a vivir en Riosucio. Muchos allí se quedaron, formaron sus familias. Sus apellidos son parte de la historia y, en algunos casos, de la grandeza política e intelectual del pueblo. Venían de diferentes países. Y como es lógico, pertenecían a diferentes religiones y concepciones políticas. En la oficina de mi padre, y en largos diálogos con éste, escuché que el mundo está abierto a muchas contradicciones. Que las interpretaciones, a través de la fé, son múltiples. En nuestras escuelas nos educaban con mucho rigor católico. Pues bien: yo estaba escuchando otras sentencias. Y como los coloquios eran amables —y no confrontaciones— me quedaba la impresión de que no podíamos empeñarnos en tener una verdad exclusiva. Ello me preparó para la tolerancia.

Pero aún más: esos “místeres” —así los llamaban— hablaban de sus posiciones políticas, las cuales hacían explícitas cuando analizaban lo que estaba sucediendo en los países de origen o en el mundo internacional. Era cuando advertía otros planteamientos, diferentes a los de los liberales y conservadores colombianos. Entendía las materias porque ellos establecían las dicotomías, pues mi edad no me permitía llegar a esas profundidades.

Esos extranjeros hablaban refiriéndose con respeto a las otras religiones o tesis. Me impresionaba que cuando lo hacían pedían excusas por invadir otros predios culturales.

Naturalmente, para mí tuvo ventajas excepcionales. Me dió, desde muy chico, la sensación de que el mundo estaba dividido en múltiples creencias y en sistemas de gobierno muy dispares. Esta última parte, para mí era más comprensible, pues ellos ponían ejemplos administrativos de lo que sucedía en sus países. Y, desde luego, ello me libró de pensar en los temas con limitaciones. Por eso he podido razonar libre de trabas mentales. Y ningún sectarismo ha tenido audiencia en mi espíritu.

Las influencias

En lo que he contado, no terminan mis influencias. Estas las sitúan los escritores en la invocación de apelativos de autores famosos y a éstos les entregan el estímulo para el milagro de su lance de creadores. No soy capaz de decir cuál autor ha determinado más mi función de escritor. Aquellos van pasando, dejando cada uno sutil huella: una tesis que se aclara; un leyenda que queda resonando; un adjetivo que nos persigue; una evocación de un episodio que sigue en la mente, dando vueltas hasta volverse lucidez en la memoria. Es algo muy caprichoso, con matices diferentes según la sensibilidad e inclinaciones de las personas del oficio.

Para mí, los influjos han sido los que me ha entregado el ejercicio humano. He pasado mi existencia en la calle. Varias de mis ocupaciones, me han llevado a vivir a la intemperie. De ésta he recogido lo que pueda singularizar mi obra. Sin ninguna duda, cada libro en la mano, ya es un arcano que nos va dando sus zumos: nos alumbraba siempre. Nos acerca algo que desconocíamos en la ciencia, en el arte, en los deliquios de las querencias, en las travesuras de las memorias y de los lances. Un capítulo abierto ante unos ojos escrutadores, nos permite encontrar territorios del subconsciente que ni presumíamos que estuvieran acurrucados en nuestra personalidad. Nos confunden aquellos planteamientos que ni siquiera maliciábamos. Nos despiertan a cavilaciones que de otra manera no habrían cruzado por nuestras frentes. La lectura nos permite solazarnos, descubriendo que nosotros tenemos una lírica inclinación para el amor. En ella aparecen personajes femeninos de la novela o de la historia, que quisiéramos que nos acompañaran en nuestro tránsito. Los incorporamos a ese entre soñar, a ese sonambulismo de ternura en que algunos nos movemos, deseando conformar una leyenda para aliciente de las quimeras. Un libro nos abre insospechados senderos: los de la política, los de la fantasía, los de las reglas del estado, los de los lances eventuales. No tiene límite su

poder. De él no nos libramos quienes nos subordinamos a su embrujo.

La influencia para un escritor es, según mi concepto, el caudal vivificante de lo que lo inunda en el torrente de la existencia. Lo que lo invade, lo que lo incita, lo que le canta o le doblega —con la muerte o la soledad—, sus alas de la fantasía. Realmente, para mí, la que determina aquella, es cuánto nos moldeó, totalizándonos como personas. Es todo lo que entrecruza por la casa, la escuela, el pueblo en mi caso, las lecturas, los compañeros del diálogo. A éste, le doy una gran trascendencia. Ha sido uno de los más singulares medios pedagógicos. Me quedan los ecos de lo que entreví en mi infancia. Los paliques invariablemente me han ennoblecido. A su amparo he ido completando —con complejas y variadas lecturas— mi teoría de la patria; mi concepción de la política; mi visión crítica de las literaturas: la nacional, la indoamericana, la universal; la capacidad de analizar los aspectos trascendentales del universo que han interesado mi capacidad de meditar. En los veinticinco libros que he publicado, andan dispersos esos múltiples e incitadores influjos. Declaro que a la novela y a la poesía, debo parte sustancial de los instrumentos que van aliderando mi producción. Estos dos géneros amplían la utopía, la dilatan. A un tema le buscan disímiles variantes. Porque tanto la una como la otra, nos ponen en contacto con ambientes extraños, en los límites donde la inteligencia se mueve casi entre la intuición, el sueño y la dura realidad. Ellas nos abren la invención a las más grandes osadías. Desaparecen los linderos para el hacedor. Sus brevedades dependen de su clarividencia y su sentimiento.

Ambas amplían la capacidad de soñar. Y nos dan un caudal en la profusión del idioma. Lo ensanchan, lo diversifican, le dan plasticidad. Manejar las palabras conduce a mil dificultades. Parte de éstas se superan cuando, amparados en aquellos dos géneros, buceamos en sus insondables sutilezas. Porque lo que se hallan son manifestaciones abundantísimas de las más sofisticadas expresiones de la capacidad de entrelazar la inteligencia, la imaginación y la sensibilidad. Por ello mismo, nos despiertan miradas de expresiones insospechadas. Van recorriendo el manto que cubre el orbe dormido de muchos entresueños. Va incitando el goce de los vocablos.

La formación, por lo tanto, es lenta, muy pausada. No se alcanza por asalto. Son enjambres que irrumpen de muchas partes. Sin

disputas, la que mayor información dona, es la lectura. Porque nos indica cuáles son los rumbos. Por dónde discurren las novísimas estructuras de la escritura. Nos dice hacia qué nortes se desplazan las bizarrías de la inventiva universal. Nos refresca el aire de la batalla mental. Sin su concurso, no sabemos cuáles son los macrocosmos que se van empinando en los adjetivos. Ni los riesgos que se deben afrontar para decir, en lenguaje y sabidurías contemporáneos, lo que impulsa los desvelos hacia la obra que entrevemos.

Las oscilaciones del espíritu

Lo más fundamental es que el escritor invariablemente está oscilando entre el torbellino de las ansias y la turbación de las grandes preocupaciones inmediatas. Entre el duermevela de lo ansiado y lo inmediato con su crudeza y sus exigencias. Pero no debemos equivocarnos: algunos plantean esta materia como "su" preocupación, como "su" devenir. En mi caso, me han atenazado más los reclamos de lo que y de quienes me rodean: la naturaleza, los afanes comunitarios, las ideas en torno del mundo con las cuales tiene que debatirse el ciudadano, las tesis que le pueden servir al ser para su descanso.

Nada puede ser indiferente para quien desee influir con su mensaje. Necesita cercanía, avanzar hacia lo más oscuro, insistir en aquello que se considera impenetrable. El inquietante orbe de lo espiritual, está hecho para el descubrimiento. Por eso, ata, dirige. Y es deslumbrante. Nada nos puede ser indiferente. De allí que haya que penetrar en los lugares donde sólo creemos hallar elementos en descomposición. En ese sitio quizás asome la sorpresa. La revelación puede estar en esos recovecos. El alma tiene tantas extrañas apetencias, que no sabremos en cuál de ellas vamos a hacer las identificaciones de la confianza que nos permite explorar los ambientes del ingenio espiritual. De igual manera, las expansiones sociales nos asaltan y nos ponen en vigilia.

¿Qué autor lo influenció?

Pero vuelve el interrogante: ¿Qué autor es el que más influjo ha ejercido en su labor de escritor?. Tengo que volver a confesar humildemente, que no soy capaz de decirlo. Aquello que aromó la vida; el amor que me ha rodeado; del que me ha despojado, cruelmente, la existencia; el haberme movido en mil medios distantes, divergentes y contradictorios entre sí; la soledad rescatada a

la acción; la angustia de la muerte cuando se nos ha presentado con su rostro pálido. Todo juega un papel esencial. La alegría tiene igual importancia con su bullicio interior, con sus voces acunadas en la orilla del corazón, con sus estridencias mundanas.

Lo único que podría declarar es que he recibido ánimo con lo que otros han hecho. He leído diversos materiales y en proporciones iguales me han determinado mis creencias, mis respulsas y mis dudas. Aquellas, por fortuna, fueron diáfanas, para mí, desde el principio. Informes, desdibujadas, pero no arbitrarias, ni caprichosas. Desde el comienzo tuve la certidumbre de que estaban en mi interioridad, replegadas, esperando dar el salto a la lucidez. Quizás por esto mismo, no me debatí entre vacilaciones revolucionarias o el incremento del escepticismo. Esta realidad se la debo a la vitalidad y las enseñanzas, que me rodearon en los primeros instantes. Siempre ví seres, como mi padre, actuando con mucha seguridad y desafío, a la vez, ante el universo.

Los mitos populares

Me formaron los mitos de mi pueblo, básicamente de los campesinos, los que se refieren a la tierra. Los de la "pata sola"; los de los hombres que se integran a la montaña y cuando la angustia sexual los acosa, oyen gritos de mujeres que los llaman; los de las aguas, etc. Recuerdo como pasábamos las noches en desvelo, escuchando los relatos sobre esas fuerzas misteriosas. Después, pensando en detalle las cosas, el mito lo construye la fuerza interior que uno le infunde a unos sueños y a unas creencias para poder amparar el paso por la existencia.

Me tocaron los mitos de los mineros. Que tienen un poder más dinámico que el de los campesinos: son más poderosos en su acción. Luego, pasé mucho tiempo cerca de los mineros de Supía y de Marmato. A ellos, escuchaba relatos escalofriantes sobre el amor, en medio de las noches bohemias. Al apagar las luces —las velas—, aprovechaban para arrinconar al enemigo que disputaba a la misma mujer. Muchas veces terminaban cabezas cercenadas y se complacían en describir espectáculos humanos de dureza impresionante, que todavía me persiguen.

Caían las cabezas, arrinconaban los cadáveres y se seguía celebrando el triunfo del amor. Son escenas que uno no puede arrancar de la existencia, lo siguen iluminando a uno, en la riqueza trágica de

la ternura y del goce sexual. Lo siguen persiguiendo, dándole la dimensión de la tragedia pasional, por ejemplo. Y cómo el alcohol enciende las almas, las transforma, les infunde poder de dinamismo para las reacciones más extrañas.

El Diablo del Carnaval

Siempre caminé —y lo hago aún— detrás de una fuerza mitológica de mi pueblo: es el Diablo del Carnaval. Este, preside las fiestas locales. En el Carnaval se combinan todas las artes. Las cuadrillas son grupos de seis a diez personas que cantan, acompañadas de cuatro o cinco músicos, generalmente no profesionales sino aficionados. Así se integran para cantar sus protestas por lo local, por lo departamental, por lo nacional o por lo universal. O para exaltar lo que merece un canto de nobles acentos poéticos populares. Van haciendo así los relatos de lo que pasó en el pueblo entre carnaval y carnaval, los problemas políticos, las aventuras amorosas, los desequilibrios económicos, los arrebatos religiosos, las pasiones equívocas, los chismes que circulan alborotando conciencias. Todo lo cantan. Usan unos disfraces costosos, bellísimos, ideados por mujeres que se han especializado en las artes del tejido y en la manera de interpretar y perfeccionar la ridiculización de los personajes que se quieren representar.

Esta fiesta la preside y conduce el Diablo del Carnaval. Allí todos lo amamos, lo cantamos y lo exaltamos. El, entra al pueblo e invita a que cada cual pueda levantar, en esos días del Carnaval, una palabra de júbilo. El Diablo advierte que no es vindicativo como el católico. Que no pedirá cuentas a nadie. Que no peleará contra las creencias de las gentes que participan en el derroche colectivo. No exigirá fidelidades. Su divisa es que temporalmente cada quien escoja la ruta de su dicha. Después, abandona el pueblo y lo deja sumido en el manejo de las autoridades civiles y del diablo católico. Esas son fuerzas míticas, profundas, que gobiernan mi mundo interior. Así me fuí formando. Creo que esto es lo que me singulariza como un escritor colombiano, auténticamente unido al país, sin resabios de privilegio hacia los dones de la inteligencia, sino en búsqueda permanente de las identidades de la cultura. En primer lugar, las identidades de todos los valores de la provincia, del más pequeño de los pueblos, para ir avanzando hacia las identidades culturales de la comarca, para, luego, más tarde, poder hacer la integración de lo que se llama la gran identidad de la cultura colombiana.

De dónde pueden provenir los materiales de la escritura

Para saber de dónde provienen los materiales de la escritura, tendría que contarse qué vida hemos hecho. Ya dije que la he realizado al aire libre, enfrentando cada día la existencia en sus complejas contradicciones y dulzuras. Esta me la han custodiado —y tengo que volver la memoria a la niñez— los cantos y las danzas.

Lo popular es mi signo, con el que me custodiaron. Es él el que ampara mi obra. Quiero penetrar a esos recursos de creación de mi pueblo. Y al decir esta locución quiero referirme a Colombia. De allí que tenga que hacer continuas reminiscencias para tratar de indicar cómo nació mi propensión a escribir. Riosucio y mi comarca me indicaron de qué manera nos habíamos integrado. Observando mi gente, comprendí la teoría del mestizo, sobre la cual he ahondado tanto en mis investigaciones, para entender mi continente latinoamericano. Porque allá lo indígena, lo negro, las colonizaciones antioqueñas, los extranjeros atraídos por la abundancia minera, se fueron amalgamando y han constituido uno de los grupos étnicos con más opulencia en sus expresiones. Lo popular, repito, es lo predominante. Y todos los custodiamos.

La diversidad de razas y de pigmentos de la piel, ha ampliado la capacidad de comprensión. Para nosotros, y de ello doy fé en mi caso particular, no existe una comarca colombiana mejor que otra. Veo que la sombra de sus árboles, nos cobija sin discriminaciones. Que sus ríos discurren y sus aguas nos alimentan cosechas y sembradíos. Los montes, las altas montañas, sin exclusiones, nos entregan su arcano. Los valles son complacientes con quienes los bordean y penetran. Un ser, una voz, una melodía, una mirada, a veces, nos indican que pertenecemos a la misma tierra entrañable en su identidad colombiana. No he podido entender a quienes hablan con prejuicios o saña contra regiones de la patria. O contra personas. Cuando como escritor lo que tengo que favorecer es desmontar esos prejuicios. Porque lo que estamos convocando es a la integración.

Debo confesar que el mar lo conocí muy tarde. Cuando lo descubrí en Ciénaga, fue el asombro. Invoqué todos los versos que había leído de motivos marinos para que me acompañaran en ese instante de deslumbramiento y de reflexión. Por primera vez, yo, que me había debatido entre lo contiguo y el cerco agresivo de las montañas, tuve la sensación de cómo era lo finito de mis preocu-

paciones y cómo comenzaba a darme cuenta de lo relativo de mi estadio y el que me rodeaba. Lo líquido era el infinito. Quedaba confinado a mis restricciones.

Los periódicos

En gruesos paquetes llegaban, a la oficina de mi padre, los periódicos de Bogotá, Manizales y Medellín. Y algunas revistas. Esos instantes alcanzaban a darnos gran exaltación. Durante días nos turnábamos con él en la lectura. A viva voz, a veces con exceso de entusiasmo en el tono, revisábamos lo que realizaba el Parlamento; pasábamos a los comentarios editoriales y, por último, los textos relacionados con la cultura literaria.

En mi pueblo había periodistas locales con singular prestigio. Uno, Eliseo Vinasco y Hoyos, escribía unas modestas hojas, pero se hablaba, en ese tiempo, —oh asombro y terror!!!— del triunfo del socialismo. Su figura la fingían como una antorcha inflamada de sentencias y de premoniciones. Se le miraba como el futuro ígneo. Otros, como Vicente de la Cuesta o Néstor Bueno Cock, escribían con una sonreída socarronería sobre lo divino y lo humano. Teníamos semanarios que dirigían escritores de prestigio nacional, abogados eruditos, gentes con la mayor preocupación por estar atentos a la escena cultural. Algo que tuvo gran ascendiente en mi formación, fueron las hojas volantes. Los sábados, el día de mercado, invadían la plaza. Generalmente escritas en verso, demolían. Arrasaban con su crítica. Los poemas tenían tal ritmo que algunas de sus estrofas se quedaban en la memoria y años después se repetían en las más inesperadas tertulias. En otras ocasiones, la hoja volante venía en prosa. Contenía una aguda relación, generalmente protestando por algún desvío cívico de las autoridades; por una obra trunca; por una mala maniobra contra la comunidad. Esas expresiones vertían causticidad. En ocasiones se escogía la modalidad de la escritura de teatro para facilitar unos diálogos de crueldad diabólica. Sin exclusiones, estos escritos los leíamos con avidez. Fuimos descubriendo géneros literarios, matices y recursos de la escritura. Y lo hacíamos con devoción, pues estábamos leyendo el análisis de nuestros rompecabezas, los que se relacionaban con nuestra existencia.

No puedo ocultar que la lectura de los periódicos me ha estimulado y dado conocimientos en forma extraordinaria. Sus páginas me han puesto en la cercanía del examen crítico, revelándome muchos

episodios de lo nuestro, de lo auténticamente nacional. Coinciden en relatar lo que acontece en el exterior. En ocasiones, un despacho esquemático es suficiente para descubrir dónde comienza una tragedia universal. Y nos obliga a la meditación, a la consulta geográfica e histórica, a ordenar los hechos sociales y políticos. Salta, incitante y desafiante, la admonición del erudito: "sólo puede sernos extraño lo que desconocemos".

En el periódico, escribe quien nos revela datos desconocidos. Aquel que nos orienta y nos explica el laberinto de la política o de la cultura. El que nos acerca —crece el entusiasmo intelectual— a la belleza literaria; cómo se construye con ritmo interno; de qué manera las palabras cumplen un mandatos de plasticidad; de cómo, en su derroche, van, al pronunciarlas, desvelando inéditos significados y se internan en la mente y en el sentimiento, incitándolas a recursivos lances detrás de ellas.

No falta el escritor del dato erudito. El que durante años y años, investiga con método, paciencia y rigor, para contarnos en una columna toda la experiencia acumulada. Para mí tenía especial reputación —lo sigue teniendo— quien se detenía dibujando personajes o episodios de la historia; aquel que describía batallas; el que contaba cómo era el clima social en el instante de un evento colectivo en el cual el pueblo —la greda humana— había ayudado a transformar el mundo, o el nacional. Así me identificaba con la leyenda. En ésta me sumía y me sentía plácido y conforme con la parte de hazaña de los protagonistas y de las poblaciones que descubría en esos escritos.

El periódico tiene la virtud de que nos introduce en el río de los acontecimientos. Todos nos salpican con sus aguas. En ocasiones nos cubren, inundándonos. Cada uno, es nuestro. Es parte de la capacidad de vincularnos al destino de los otros seres. Depende del sentido de solidaridad que tengamos para asomarnos al conflicto colectivo.

Imperceptibles influencias

En nuestro transcurso pueblerino, existen evocaciones que nos siguen persiguiendo. Por fortuna, ellas ya han tenido consagración en el arte. En la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, el Maestro Pedro Nel Gómez ha pintado un gran mural, a la entrada. Es como la apertura de esa gran casa de la cultura. En uno de sus lugares

más destacados, se consagran los "silletteros" de los libros. A mí me tocó conocerlos. Les platicué durante intensas horas, en torno de las obras que llevaban y de su contenido. Con el tiempo, me dí cuenta de que no conocían exactamente el alcance de su culta mercadería. Pero poseían la intuición de qué deseaban las gentes, hacia dónde se inclinaba la predilección de los lectores. Y no es una revelación de sutilezas. No. Cada tiempo goza de un ritmo mental; lo distingue una atmósfera cultural; le va dando su impulso una fuerza de apetencias peregrinas, que surgen y se despiertan ante la insistencia crítica. Entramos en ella en mayor o menor grado. Nos invade con su gracia, con su reclamo, con su persistente repetir nombres de autores y de obras. Principiamos a participar en el ambiente sugestivo de la cultura de una época. Nadie se escapa.

Pues bien: los "silletteros" de los libros, llevaban éstos a sus espaldas. Se presentaban en nuestras aldeas el día del mercado. Su producto lo extendían a la vista. Nuestros campesinos, entre familias de la misma vereda, se ponían de acuerdo para alquilar ciertos volúmenes y turnárselos en la semana. Se leía en la cercanía de una vela, o al caer la tarde. En grupo familiares, generalmente al pie del fogón, mientras las mujeres adelantaban los trabajos cotidianos; Así se fraguó la gran capacidad de relatos de lances, tragos, leyendas míticas, y se conservó la pureza del habla en Antioquia y Caldas. Así se conformó, igualmente --al menos en Caldas-- la tendencia media de la población por la buena prosa, la oratoria engallada, los símiles literarios, aun cuando éstos no rocen lo cotidiano, fraguado de angustias y precariedades. Queremos rendir a esos "silletteros" de los libros un homenaje por lo que contribuyeron a incitar la pasión cultural de nuestras gentes y de nosotros mismos.

Con estos, compartían el oficio quienes alquilaban libros en los municipios: novelas, historia, ensayos, poesía. Esta la copiábamos a velocidad impresionante para conservar lo que amábamos y no volver a pagar dinero de nuestras parvas raciones escolares. Así nos vinculamos a Víctor Hugo, entremezclado con Severo Catalina. Y Lope de Vega con los deliquios de Sor Juana Inés de la Cruz, se confundían con las obras de Vargas Vila, quien ha tenido y conserva tanta significación y alcance entre los escritores de América

Latina. Por cierto que estos dan testimonio de esa circunstancia mental. Así nos formamos. Y no existía posibilidad de escoger. Estábamos subordinados al rigor de esas bibliotecas de lance, a las cuales seguimos asomando y que contribuyeron a despertarnos esa multiplicidad de conocimientos que nos vedaban las duras censuras de esos días.

Había otro aliento que, en ese instante, no lo apreciábamos con la vislumbre que hoy nos asiste. Me refiero a los poetas de nuestra población. Que, al mucho tiempo, se me hace evidente su división entre los populares y los cultos. Y me asalta una pregunta: ¿será justa esa arbitraria clasificación? —¿No será un capricho impuesto por la retórica vanidosa?—. Varios de esos cantores, sin el rigor de la métrica o sin los ritmos exigentes, en ocasiones sin las exquisiteces del lenguaje, dejaban en sus poemas una serie de sentencias, de reminiscencias líricas cercanas al corazón, de descripciones sobre la naturaleza que sorprenden por su variedad y abundancia.

Los cultos se presentaban en las veladas. Recitaban ante un auditorio atento, fiel al rigor de sus embrujos. Fue otro lugar para nuestro acarreo de dones espirituales. Porque por allí pasaron escritores de las más versátiles condiciones. Pero aún más: alternaban los que venían de las capitales y los que localmente se admiraban con reverencias. Asistimos a escenas de verdaderos duelos mentales. Sin anuncios previos, el desarrollo de las competencias creaba un clima de espectacular tensión. El brillo resplandecía entonces con sus gracias. Y sin exclusiones, quedábamos atrapados entre sus fulgores.

Una extraña y abigarrada formación

Por lo tanto, vivimos una inquietante y abigarrada formación. Así íbamos imperceptiblemente hacia las letras. Cuando escuchamos los primeros conflictos de tierras, localizamos evidencias en archivos notariales, en viejos infolios comarcanos. Es la primera comprobación de cómo se investigaba. El sistema primitivo descubierto en esas pesquisas, lo hemos mejorado en el desvelo crítico de la historia colombiana.

Ejerció pedagogías de miedo, sobre nuestra niñez, el guapo regional. Los días de fiesta, en medio de un coro de seres asustados —pero no amilanados— empezaba el denuedo de sus desafíos. Tenía prestigio por su valor, pero, especialmente, por la destreza en

el manejo de las armas. Estas las escogía con mucha meticulosidad. Y se regodeaba en exhibirlas. No se atrevía a controlarlas. Las autoridades olvidaban a esos personajes o simplemente actuaban complacientes. No tenemos juicio acerca de este desvío de los alcaldes, con tanta lejanía en el tiempo. Los desplantes consistían en primitivas audacias. Ello me ha permitido, más tarde, en el afán de la laboriosidad y de la especulación, entender descripciones eruditas de narradores épicos. Inclusive conforman capítulos de crítica en los cuales el brillo del cuchillo cubre con sus resplandores la arquitectura de novelas de alta jerarquía, cuando las hemos analizado. Ninguna connotación vital deja de tener su poder de irradiación en quien aspire a escribir.

Ya he contado cómo había invasión de mujeres de vida complaciente en las etapas de la riqueza minera. Observándolas, escuchando sus leyendas, fuimos comprendiendo los lances de la sexualidad. Sus proyecciones sobre el drama del hombre. Más tarde, al encontrar los grandes relatos de amores que han custodiado a personajes excepcionales de la política o del arte, o de damas cuya irradiación marcaba etapas históricas, íbamos desenvolviendo el ovillo de lo que vimos, escuchamos, presentimos, en la niñez, entre sonámbulas incertidumbres, en el barrio de las licenciaturas sexuales. Esto estimuló la capacidad para aproximarnos a las escalofriantes crónicas, o entender el realismo sin forzar o torcer nuestra capacidad de quimera.

El júbilo del alcohol conducía a escenas dramáticas de duelos e interjecciones. Aprendimos los grandes episodios de desequilibrio de la gente, cuando obedecían a sus rigores. Lo observa uno por percepción directa en la aldea. Muy pocas veces, por cierto, compartimos mesas y charla con los bohemios regionales. Así descubrimos la noche. Y comprendimos la misión del amanecer. La neblina que invade unas calles empedradas cubriendo la modesta arquitectura de sus casas. El agua que cae arbitrariamente. Un relato que va entrelazando adjetivos y emociones. Una guitarra y un violín que, con sus tonadas, despiertan el júbilo de los trasnochadores adormilados. Reconstruimos de esa manera los barrios donde se movió, en una etapa, la literatura universal. Entendimos con más precisión la era de los poetas malditos: las experiencias que recogen su obra; sus frustraciones y sus complejidades.

No existían escuelas privadas. Todos íbamos a las públicas. Actuábamos entremezclados. No se concebía la división de clases

sociales. Eramos la misma argamasa social. Nos hallábamos unidos, bien unidos, por ese milagro de solidaridad total que sólo se da, sin fisuras, en los primeros años. Más tarde, viene el cálculo, el predominio de ciertos afanes personales, la perversa mirada de lo que nos circunda, cuando se enturbia el ritmo de las frases. Lo comunitario nos marcó para el futuro. Lo que hemos escrito, tiene su sello de exploración de los temas que atan y comprometen los afanes públicos. Que me dan seguridad de estar hablando el lenguaje de las demandas colectivas; o de denunciarlas; o, de sólo describirlas, para que otros logren sus soluciones. Estas deben inclinarse hacia lo que me enseñó mi escuela: hallar lo que nivela en la justicia, no lo que separa en el goce del privilegio.

Siempre me evoco viajando. Mi padre lo hacía por sus negocios. Y nos enganchaba a su peripecia. Eran verdaderas odiseas. Muchas de ellas nos dejaron evocaciones de cómo es la noche mientras atravesamos un largo camino. Los ruidos que crecen; los árboles florecidos que, al impulso del viento, nos hacen señales misteriosas y estremecedoras; los barrizales donde las bestias se hundían hasta el pecho y uno navegaba entre el pánico que inclinaba hacia la lágrima, pero que la hacía contener el sentido de la hombría; los ríos que cantaban su furia, con sus piedras que rodaban amenazantes y los relámpagos que iluminaban las orillas; las montañas que se plantaban desafiantes; el pavor que cruzaba nuestras almas infantiles. Estas experiencias nos educaron para más tarde salir a descubrir los encantos y los recursos del arte, para mirarlo minuciosamente; para asistir al coloquio con los escritores y poetas; para mirar la naturaleza con sus tropicales arrebatos o los rigores impuestos por la cultura y paciencia vigilante del labrador. De esos viajes hemos escrito muchas páginas que van integrando libros de precisiones en el recuerdo; un camino, una tonada, la luminosa presencia de una mujer hermosa, un episodio en donde el Universo nos comprometía en fidelidad, otra vez más, con el denuedo creador de la inteligencia. Algo más esencial y circunscrito a Colombia: de andar por tantos senderos colombianos, en jornadas de jinetes, nos fue creciendo el sentido de cómo se integraba la patria y cómo se le debía amar. Espero que capítulos de mi obra, reflejen esas devociones de minuciosa reverencia.

Aquí debemos terminar. El tiempo nos pone límite a estos devaneos. Pero solo nos estábamos aproximando a lo que define una propensión a escribir y cómo se desarrolla como mandato íntimo, que es el esquema propuesto para esta charla.

Estoy en el orto y ya debo cancelar estas anotaciones. Sin haber llegado a la universidad; a los primeros apasionamientos por la escritura; a las enseñanzas que ya puedo indicar en este exigente deseo de que resplandezca la vida a través de los vocablos. Sin haberles indicado siquiera en qué género trato de expresarme. Cuando sólo he contado, en apresurados esbozos, cómo es el acarreo y acumulación de materiales para comenzar a manifestarse un escritor.

Otro día volveremos sobre estas materias. Lo único que puedo destacar es que nada se alcanza si no comprometemos la voluntad de crear a los más duros rigores. Que el oficio de escritor, es una larga paciencia. Esta, no la podemos perder, pues debemos desplazarnos detrás de las palabras que se esconden y se escabullen con sus disímiles acepciones. Al escribir tratamos —pretensiosamente— de aprisionar lo que atraviesa nuestras existencias, en sus inquietantes facetas. Y éstas no se revelan siempre y, en muchas ocasiones, se esconden en la incógnita que se desprende del simple y escueto hecho de vivir.

SEGUNDA JORNADA

La búsqueda de materiales

Todos los recursos que demanda el escribir, ¿de dónde los tomamos?. Es una lenta búsqueda que se prolonga en el tiempo y se amplía por los dispares espacios. Vienen de muy disímiles universos humanitarios y estéticos. Los más esenciales, tienen un arraigo en el territorio inmediato. Quien, como yo, ha hecho su transcurso a campo traviesa; enfrentando circunstancias y desafiándolas; en contacto con seres de múltiples y complejos dones; con mujeres y varones, a quienes el tránsito colectivo les ha señalado con caracteres y con símbolos bien dispares, conoce cuánto ardor de fidelidad se demanda para no doblegar la autenticidad. A la vez, demasiadas horas he estado cerca de la tierra: arándola, fecundándola, descubriendo la opulencia o la merma de sus flancos. Los árboles, los ríos, los ruidos sobrecogedores de sus montañas, me han custodiado. He sembrado las semillas de cedros y de cominos crespos, que le darán sombra protectora a desconocidos caminantes. Los pastos lo reconozco, más que por la vista, por sus olores singulares. El lomo de los ganados, lo he visto relucir a la hora cruel en que el sol cae vertical, inundando de luz y de silencio valles, hondonadas y montículos. El caballo me ha dado compañía. Los he amado.

Puedo repetir lo que dijo de ellos el maestro Alfonso Reyes: "Nunca tuve mejor amigo. Nunca he tratado mejor gente". La mañana me ha hallado despierto, para poder escuchar los cantos de sus pájaros embrujadores, con sus diminutos cuerpos, dejando escapar melodías impresionantes. La noche la he compartido con sus asechanzas. Estas, nacen más de la imaginación que de la realidad. Nos pueblan con sus terrores agoreros y con sus duendes milenarios. Una pequeña luz que rompa sus sombras, nos pone en vigilia. El universo se recoge, así, en pavor y silencio.

Los compañeros

Algo de lo que más me ha ennoblecido, son los compañeros. Estos vienen de muy desemejantes grados espirituales. Unos, sin haber pasado por la vida académica, me han hecho evidentes cualidades singulares de su interioridad: las que uno tiene acumuladas como fibra de la personalidad. Las que se acumulan como expresión de ese reunir baquías en el duro trajinar. Otros me han abastecido de eruditos conocimientos. Estos, los han asimilado en universidades nacionales, en estudios de especialización, en lecturas densas y varias. Sus indicaciones y guías me han proporcionado descanso a diferentes inquisiciones que me han sacudido. Las divergencias me las han cancelado con sus profundas reflexiones. Algunos han sobresalido por sus sabias especialidades. Su saber brilla y se impone. Son como cofres donde se guardan insospechadas orfebrerías mentales. Quienes tienen la divagación como manía, nos han despertado resonancias interiores. Su vocación de diálogo, nos ha anunciado cuánto hondo arcano tiene la palabra. Esta, nos la han devuelto con un poderío sigiloso. Y nosotros allí nos hemos inmerso. Los soñadores nos han repetido sus frases de poético garbo. Pertenecen a la familia de los poetas que son "ordenadores inconscientes". Su gracia está en la "danza de las palabras". Nos han dado tanto estímulo que, a veces, repetimos sus hazañas verbales. El coloquio, una vez más, nos da elasticidad para las más espectaculares osadías. Entre otras, ésta de escribir.

La experiencia de los demás

En ese imperceptible recibir estímulos hay otro don que a veces desconocemos: la experiencia de los demás. Ella nos invade cuando menos lo presentimos. Llega sigilosamente. Se instala en nuestras vidas y allí se queda, dando vueltas. Esto, no es caprichoso. Porque las sutilezas de los otros, repercuten sobre nuestro

mundo interior, por breves que sean las ataduras. Estamos hechos de interrelaciones. No siempre son conscientes.

Hay reservas en nosotros, que no nos percatamos de ellas, fácilmente. Permanecen ocultas, adormecidas. Pero cuando se manifiestan tienen una magnitud de permanencia. Se instalan cómodamente y principian a gobernarnos. Ya no somos capaces de librarnos de su sortilegio.

El Derecho: profesión totalizadora del hombre

La Universidad nos armó caballeros de varios desvelos: el de la rectitud moral, que nos impone un permanente estar en quicio con la verdad. Ello conduce a un denuedo en la pesquisa de la certeza. Aun cuando un escéptico podría decir: ¿cuál es la verdad total?. En sus aulas nos entregaron borlas para defendernos ante las urgencias inmediatas. Terminamos de abogados, que es la única profesión totalizadora de lo humano. No hay tema que se relacione con los problemas del hombre, de la mujer, de la colectividad, que uno no haya visto en cercanía. El derecho trata de ordenar el universo. Su ambición es dar reglas. Señalar límites. Se dice al ser cuánto puede avanzar; si se debe detener; qué le está vedado y hasta dónde alcanza su derecho. Organiza a la colectividad a través del estado. A éste le da directrices. La Constitución es la ordenación mayor de la patria. No hay resquicio por donde se pueda escapar el individuo de sus deberes. Pero aún más: en la medida en que aparecen nuevas manifestaciones de lo comunitario —en lo social, en lo económico, en lo político— el derecho va creando sus normas y las impone. Así va desembocando en su cauce natural el ritmo de la existencia de la colectividad.

Por ello mismo, la universidad nos despertó tanta vocación por la cultura; con una libérrima curiosidad, sin linderos, que personalmente fomentamos y que nos conducía a esperar aún más; a confiar que, en el futuro, estaríamos más prósperos en cuanto a maneras de expresión para poder aprisionar los diferentes temas que cruzan por nuestros ojos. Despertando avidez por bucear en el alma de las personas y las cosas. Es el toque humanista, que provenía de un tipo de enseñanza que se preocupaba más del hombre, que de las especialidades. Lo esencial era el universo con su rico murmullo de agitaciones. Era la cultura como manifestación de la "flexibilidad proteica". A pesar de que las ordenanzas eran severas, nos escapamos de sus cercos indagando por vocablos que nos refle-

jaran otras órbitas. Los libros nos acompañaron en solidaridad silenciosa e irrevocable. Claro que ello venía de atrás: quizás de algunos livianos golpes de la sangre. Así fuimos entrando al torrente apasionante del existir.

El ímpetu de escribir

Todo nos sirve e impulsa. Pero el deseo de escribir, debe aparecer como vocación voluntaria, que empuja y renueva el entusiasmo. La decisión íntima, es la que cuenta: el vigor interior, la reciedumbre profunda, la confianza en la propia dinámica. Y que ello obedezca a un ideal. ¿Cuál?. Expresar una serie de sentimientos que se arremolinan en el alma. Dan vueltas. Que van de la magia y la superstición —como calidades ancestrales— hacia el destello y la fogosidad de contar qué se entiende por cultura y cómo se sueña el universo. Comprender de inmediato lo inútil del tiempo perdido en el café. Valorar la tragedia de los ingenios colombianos, desvanecidos en el chascarrillo. Hundidos en el sarcasmo y la inutilidad. Para trabajar intelectualmente, hay que renunciar a algo y a mucho. Es necesario concentrarse en el país. No dejarse desorientar. Librarse de ser un colombiano con crítica desviada. La que crea la desconfianza acerca de lo nuestro.

Que nadie nos tenga que descubrir de fuera. Colombia tiene un "alma cultural" y es la que debemos despertar y, a veces, rescatar, con nuestros vocablos.

Lo popular en la cultura

Pero todo ese deambular por tantos vericuetos, para decir ordenadamente unas frases en torno a lo que nos rodea, reclama que se tenga raíz. En mi caso personal, ésta se fue ensanchando sobre la superficie de la labranza. Son disímiles los episodios para relatar. Y, seguramente, quedarían incompletos. La raza indígena tiene en mi memoria una presencia viva: era parte de mi gente. Integraba ese complejo étnico que es mi pueblo. Sobresalía por la riqueza del mestizaje.

Lo popular en la cultura local, sigue teniendo resonancias y respuestas en mi escritura. Ese alborozo colectivo, que es contagioso, creo que me asiste en la conmovida devoción por la entraña colombiana. Esto, me ha permitido ver con lucidez la unidad de las angustias colectivas de Indoamérica. Para ello no he requerido

que nadie me asista. Fue un proceso normal: fluía de los días iniciales. Fueron apareciendo los diversos senderos. Los que me han permitido desplazarme con el contento de la vislumbre de la creación.

Los oficios del periodismo

Para completar esta arbitraria enumeración de búsqueda de las fuentes primigenias, tengo que contar que en el periodismo he cumplido todos los oficios. A él arribé como comentarista. Tenía una fogosidad —por fortuna nunca la he amortiguado— que me encaminaba a querer opinar, desde la primera adolescencia con apoyos doctrinarios, los que creía que impulsaban y daban claridad al mundo. Eran, como es predecible, optimistas arrebatos mentales. Hice todo el recorrido: cronista, reportero, editorialista. Dirigí, estando en la Universidad de Antioquia, un suplemento literario, que inició en el país una revolución cultural y artística. Allí colaboraron seres de todos los horizontes. Y divulgamos lo que, contemporáneamente, espoleaba a los creadores universales y del continente. Nos tocó enfrentar y descubrir tantas vanidades, que prematuramente nos curamos de las pequeñísimas que perturbaban nuestro discurrir. Y es bueno que ello suceda, pues el oficio de escribir demanda humildad, paciencia, lenta elaboración, acumulación de ricas fuentes de datos, hechos, sueños. Es una manera de integrar el mundo al nivel de la palabra.

Teoría de la inspiración

Como una mala influencia del fin del siglo, se habló demasiado de que la creación se sometía a un extraño tránsito que sufría el escritor. Así se planteó la teoría de la inspiración. Y la completaron con una bohemia hechizada de fulgores y destellos. Al ingenio se le exigía una permanente ebullición. Era tanto como que cruzara un meteoro, pero con la particularidad de que no desaparecía. Estaba allí, en ígneo y permanente resplandor. Es una mala alianza la que han querido hacer. Y en ella han salido sacrificados multitud de varones del entendimiento.

No fue ese mi escenario. Por fortuna, porque me acostumbré a estar batallando. En la universidad, comencé mi largo peregrinaje por la cátedra. Ya me atenazó un rigor. El Derecho me hizo pasar exigentes horas precisando el alcance de incisos y de jurisprudencias.

La política me demandó, desde el primer momento, una severa disciplina. Sin esperarlo, me dieron jerarquías demasiado pronto. Y las ejercí. Lo cívico me fue circundando, porque es lo más entrañable del afán proselitista: nos entregamos a las demandas colectivas, sin cálculo. Sólo atendiendo a los requerimientos de una colectividad como la colombiana, que demanda pequeñas acucias para ir superando sus restricciones, sentimos que cumplimos el mandato social. Cómo he aprendido de su paciencia, de su capacidad de resistir. De lo que me conmueve siempre: su renovada esperanza. Esta, la hace crecer como si antes no se hubiera manifestado. Como que fuera la primera vez que se insinuara su anhelo. Allí hay una fuente de singular pedagogía para los impacientes, y escribir es una devoción que se tercia hacia la alacridad mental, que hay que incitar permanentemente.

Todas estas tareas se ejercen en mitad de la calle. El aula es parte de la acción de la comunidad. Por ello mismo, tuve que disciplinarme para trabajar a cualquier hora. Para hacerlo, sólo requiero tener orden en lo que pretendo decir. Concebir la totalidad del planteamiento que aspiro a transmitir. Mientras ello no sucede, no puedo, por vigoroso empeño que estimule mi decisión, verter en las páginas mis reflexiones. Y, a pesar de ese desvelo por la claridad, a veces —¿cuántas?— el pensamiento se manifiesta enmarañado. Esto, lo que hace es prevenirle a uno que escribir es una constante de renovados riesgos. Es volver sobre cada idea innumerables veces para que ella irradie con su lumbre.

No podría trabajar de otra manera. La serie de tareas en que me desenvuelvo, a veces casi coincidentes, me inclina a ello. Pero cada acción me ayuda y estimula. La abogacía me ha dado claridad en torno a los conflictos del universo. La política me ha facilitado el penetrar en la dimensión de los problemas inmediatos, con sentido del futuro. Igualmente, me ha permitido recorrer el suelo de la patria: conocer sus regiones, ver y escuchar sus habitantes de tan disímiles condiciones. Pero con algunos rasgos comunes: inteligencia, vivacidad, paciencia, esperanzados a pesar de sus frustraciones. Con un sonreído escepticismo, a veces. Pero no con amargura. Con hondura en su carácter. La variedad de matices de cada tipo —del costeño al narifense, del chochoano al llanero— revelan cómo es la identidad de cada uno de ellos con Colombia.

Así paso entre la ebullición de diversos requerimientos para escribir. Hay un acento de generosidad, al cual no me gustaría renun-

ciar. No he cambiado mi actitud de asombro frente a los nuevos ademanes de la cultura. Cada día reinicio los descubrimientos. Me siento comprometido con lo que me entusiasma. Ello despierta mis adhesiones. Así como en lo especulativo mantengo una abierta predisposición a las novedades, así mismo me interesan los desconocidos. Como soy un devoto de la conversación, ésta me va ennobleciendo con sus anotaciones, con sus reflexiones por obvias que sean. Esta manera de juzgar, no tendrá un aire pretencioso y, así, valdría preguntar: ¿qué es lo elemental?. No sé cómo he podido avanzar tanto en precisiones relacionadas con mi vida. Declaro que no tengo vocación para analizarme.

El creador inspirado, es una leyenda. Lo único válido es el trabajo metódico; la paciencia para investigar los temas; el elaborar diariamente un tramo de ese compromiso con las "imágenes y los conceptos". Teniendo conciencia de que se está madurando para la mies mental, hasta en los grandes silencios. Cada trabajador de la cultura, es responsable de lo que hace y de lo que abandona.

¿Por qué escribo?

Esta pregunta es bien inquietante. En mi caso, la respuesta que puede tener mayor cercanía sería la que asegura que escribo para reflejar mis ideas acerca de temas fundamentales: los de la literatura, los históricos, los sociales, los políticos. Todo ello en demanda de la identidad de mi patria. No puedo estar desasido de ella. Pero esto no indica que sea indiferente al gran rumor universal. Al contrario, estoy en el torbellino de lo contemporáneo. Haciendo la travesía, muy alerta, por el filo de los acontecimientos universales. De resto no entendería lo que es mi existencia y su posición ante las incitaciones ecuménicas.

Pero la interrogación no sería más elocuente, si nosotros agregáramos: ¿acerca de qué?. Es más fácil de puntualizar esta filiación. En mi caso, ya he dicho lo que me sacude interiormente. Lo único que no creo es que sea un éxtasis ciego. Acepto que nos mueve un arrebató interior; un furor de pretender ordenar en sustantivos y adjetivos nuestro universo; un apasionado —será lo que llamaban los literatos antes, un frenesí— interés por contribuir, en nuestro medio, con unas tesis y unos sentimientos. Los dos valores no están ligados. La intención va emergiendo con elocuencia.

Ahora: quienes somos lectores, sabemos que un vocablo puede

desatar un sumario de exaltaciones. El tropezarnos con él, nos facilita diversas comprobaciones: nos vuelve devotos de unos principios ideológicos; nos pone a razonar de cómo se conformaron los episodios históricos; nos da las guías para saber cómo se comunica la cultura, sus sutilezas y sus honduras estremecedoras; nos dá el vislumbre para la intuición poética, que es por donde vamos mejorando nuestra comprensión de los diversos aspectos del universo; nos permite saber cómo es el mundo y sus conflictos; nos da la cercanía al alma de un ser al cual no sabíamos cómo filiarlo en su dulzura. Y, también, nos pone en tensión de cómo son los desgarramientos. La palabra es lo único que nos acerca al reino de las concordias; nos propicia las ensoñaciones; nos esclarece dónde están los rechazos.

Un género para la expresión

Desde el primer momento, tuve propensión por el ensayo. Mariano Picón-Salas indicaba que "la función del ensayista. . . parece conciliar la Poesía y la Filosofía; tiende un extraño puente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos".

El Maestro Germán Arciniegas puntualiza su alcance cuando nos recuerda:

"En esta América Nuestra, que es ladina y no es latina, la novela llega tarde, el teatro no madura, pero florece el ensayo. Hay una necesidad de interpretarnos, porque somos problemáticos. El ensayo entre nosotros no es divertimento literario, sino una reflexión obligada frente a los problemas que cada época nos impone. Esos problemas nos desafían en términos más vivos que a ningún otro pueblo del mundo".

Y apelamos a otra cita de un erudito como lo es el mexicano Alfonso Reyes. El lo definió como:

"Este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al "Etcétera" cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía".

Podríamos seguir citando autores múltiples para explicar dónde nos situamos desde la adolescencia. Nunca se está cómodo allí, pues su tarea es muy exigente. Se ve uno inmerso en disímiles incógnitas, tratando de aprisionar unos postulados; la verdad de todo un desarrollo discursivo; la tendencia universal de los nuevos conceptos.

El ensayo, en mi caso particular, me ha servido para apuntar hacia la crítica. Y ésta amplía la visión del universo. Pero aún más: ahonda, aclara y pone orden en las obras que han querido transmitir algunos expositores de ideas o creadores de la novela, del arte, o de la poesía.

Como tesis general, se puede afirmar que sin ese elemento de colaboración e interpretación, seguramente no habrían irradiado sus textos; ni logrado la difusión que puedan llegar a alcanzar; ni los nombres de sus signatarios poseerían la magia que da el prestigio. Parte considerable de éste, lo da y lo proyecta el ensayista. Por ello no he comprendido lo que dicen quienes son favorecidos por el deseo de explicar y puntualizar el alcance de sus estudios, de sus novelas, de sus cuentos, de sus recreaciones artísticas. Esa tarea nobilísima del ensayo, que se evidencia en generosidades, a la vez, descubre —ese es el término exacto— lo que no entiende el lector desprevenido, el no especializado, el cual no se dedica al examen crítico, pues no es su inclinación. Inclusive diversos autores poseen condiciones inigualables en la maestría del relato; de la presentación de un concepto; en el simbolismo pictórico o escultórico; en su febril entusiasmo poético. Y recogen los fundamentos dispersos de una comunidad, en relación con una atmósfera estética, social, política, cultural. Y lo hacen casi por intuición. Sin que se hayan propuesto descubrir todas sus acepciones. Allí colabora el crítico, que apoyado en el ensayo, va poniendo orden: enumera las relaciones de ese mensaje con los grandes ciclos ideológicos; con las teorías sobre el amor; con los sacudimientos históricos que determinaron el comportamiento de los hombres; con los subterráneos mundos que ese autor removió como milenario impulso de lo que dirige y encauza a sus personajes. El ensayista, armado de mil apoyos, le da validez e interpretación a lo que pudo irrumpir en el hacedor, subconscientemente. A algunos de estos, que no expresan el orgullo desafiante de sus vanidades, les he escuchado que ellos mismos, con la crítica, han hallado explicación en diversos aspectos que ellos revelaron como naturales —en la escritura o en el arte— pero que no se ceñían a racionales o eru-

ditos principios. Que esas páginas de reflexión lo pusieron a meditar hasta dónde alcanzaba su comunicación y que, no conocían sus referencias y sus orígenes. El ensayista, trata de situar, descubrir, iluminar zonas que eran oscuras para el lector común e inclusive para el creador. Moviéndose entre lo serio y lo frívolo, entre lo discursivo y lo artístico —como ya se ha indicado— va ensanchando la órbita. Esa es su gran gestión, sin ninguna duda. La crítica tiene que repasar textos, hacer comparaciones, detenerse en la novela, ser fiel a las gracias poéticas, concordar todos los principios ideológicos, sociales, políticos, científicos. Inclusive con una finalidad: contradecirlos en ocasiones. Si no se hiciera así, no se ampliaría la irradiación de lo que se crea.

¿Qué es el ensayo?

Debemos regresar a las citas. El ensayo es relativamente joven en la sucesión y evolución de la cultura. Algunos establecen su origen con Montaigne, en 1580. Bacon, por ello decía que "la palabra es reciente pero lo que nombra es antiguo". Jacob Burckhard lo trató de catalogar diciendo que es "literatura de ideas". Xavier Villaurrutia lo llamó "producto equidistante del periodismo y del sistema filosófico".

Para nosotros ha sido una exposición discursiva, o una gran crónica artística —de todo se integra— donde no se ha dicho aún, cuál es su extensión. Lo único sobre lo cual no se controvierte, es acerca de su versatilidad. Porque él va de lo literario hacia las otras doctrinas del pensamiento: las une, las ata, las compromete en el apasionado examen. Su riqueza va desde lo puramente literario, la ficción o la poesía, hasta otras normas como la historia, la ciencia, etc. No hay, por lo tanto, ningún otro orden intelectual que se desenvuelve entre más márgenes abiertos de concepción. Por ello alguien dijo que era poliprismático.

José Luis Martínez, a quien se le considera guía en este ámbito intelectual, lo ha explicado en términos que no queremos recortar. El ha dicho:

"En los ensayos más puros y característicos, cualquier tema o asunto se convierte en problema íntimo, individual; se penetra de resonancias humanas, se anima a menudo con su toque humorístico o cierta coquetería intelectual y, renunciando cuando es posible a la falacia de la objetividad y de la

seriedad didáctica y a la exposición exhaustiva, entra de lleno en un "historicismo" y se presenta como testimonio, como voto personal y provisional. Sin embargo, hasta el juego mental más divagante y caprichoso requiere, en mayor o menor grado, de algún rigor expositivo: y justamente, en la variada dosificación de estos dos elementos: originalidad en los modos y formas del pensamiento y sistematización lógica, radican los diferentes tipos de ensayo".

Y cada quien, va proponiendo divisiones y subdivisiones. Nos detenemos en ellas, pues es parte fundamental para intentar contar mi posición ante este conturbador desasosiego de escribir. Angel del Río y M.J. Bernardete, en su estudio "*El Concepto Contemporáneo de España - Antología de Ensayos (1895 - 1931)*", señalan tres grupos: el ensayo puro, el poético-descriptivo, el crítico-erudito. Como se comprende, en ellos cabe todo el universo mental.

Volviendo a José Luis Martínez, éste indica la siguiente división:

- a) El ensayo como género de creación literaria. Es invención, teoría y poema.
- b) Breve, con carácter poemático.
- c) De fantasía, ingenio o divagación.
- d) Discurso u oración. Es de carácter doctrinario.
- e) Interpretativo.
- f) Teórico.
- g) De crítica literaria.
- h) Expositivo.
- i) Crónica o memorias.
- j) Breve, periodístico.

En Indoamérica

La manera de expresarse en el continente, está condicionada a la realidad que nos rodea. Algunos han pretendido indicar que el ensayo es donde podemos hacer reverberar nuestras circunstancias continentales. Porque se pueden denunciar las identidades. Como somos un conjunto aún en descubrimiento, él facilita todas las eventualidades de indagación. Se precipita por los vericuetos menos sospechados: desde los que se relacionan con las culturas míticas, hasta averiguar que nos puede servir como de filiación en nuestros accidentes del pasado. Como somos la juventud histórica, a pesar de la hondura y multiplicidad de lo ancestral, lo que

parece una contradicción, estamos urgidos de explorar pluralidades de la evolución y desarrollo a que hemos estado sometidos. El ensayo en el continente, es propenso a denunciar las calidades trascendentes de cada país. Desde Santander, Bello, Sarmiento, el ensayo indoamericano apunta algunos asuntos que son esenciales:

- a) A la cultura de nuestros países.
- b) A los problemas raciales, políticos y económicos que nos apasionan.
- c) A la emoción de lo histórico. Se trata de localizar las raíces.

Esto, no hace sino establecer las diferentes inquietudes que sacuden los dramas nacionales. El ensayo es un poco la síntesis de la evolución del pensamiento latinoamericano. A veces lo indica y precisa bien por su cercanía con las tesis. Y por sus relaciones con todo lo que incide en lo político y lo social.

Sus virtudes se manifiestan como penetración crítica y ficción. Como erudición y poesía. Así emergen sus proteiformes dones. Pero lo que sigue siendo cierto es que él aún a la especulación y el testimonio. Alberto Zum Felde ha sintetizado bien sus diversas aristas, en su *"Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana"*, cuando afirma:

"Toda la ensayística continental aparece, en mayor o menor grado, vinculada a su realidad sociológica. Y esto no es más que un trasunto de lo que, analógicamente, ocurre en la novela, la cual es también sociológica en gran parte, diferenciándose a menudo ambos géneros sólo en las formas e identificándose en su común sustancia".

Las señales permanentes

Es bueno singularizar un hecho. Hay críticos que insisten en que los escritores no hacen nada diferente de darle vueltas a dos o tres variantes de un tema. Por ejemplo, para referirnos a uno de los grandes símbolos de la inteligencia nacional, Gabriel García Márquez, es bueno tener en consideración que sus analistas afirman que él no ha hecho sino prolongar sus renovaciones en cuanto a los motivos inmanentes de Macondo. El, inclusive, lo ha dicho con esa sabia dosis, de avance y contención, que distingue sus declaraciones. De manera que es como retomar el hilo de lo ya expuesto o sugerido y principiar a ponerles nuevos enfoques de gracia y de

poesía. O, si son motivos de densidad investigativa, avanzar hacia ellos penetrando hacia el mayor conocimiento, dominio, seguridad en sus principios. La búsqueda de esa hondura tiene como objeto que la certeza resplandezca en la exposición y sencillez para quienes no están cercanos a las experticias.

No hay duda de que esto puede suceder. Realmente, hay principios que nos marcan una actitud intelectual. Ellos nos custodian. Quizás no hacemos más que intensificar la capacidad de penetración en cuanto a sus raíces. No sabría decir cuáles son las que más caracterizan lo que haya escrito, pues me desplazo por demasiadas actividades, muy disímiles. Eso sí, todas concordantes y con un acento social, que hago evidente. De todas maneras, aun cuando no queramos estar doblegados a unos principios exclusivos, el hecho es que, insoslayablemente, debemos ahondar en aquellas variaciones culturales que deseamos que permanezcan en el tiempo. Es tanto como volver sobre ese transfondo ideológico. Desatarlas en las diferentes opulencias estéticas. Expandirlas con diversos enfoques, con precisiones en sus matices, descubrirles otras aristas. No podría concebirlas estáticas, quietas en el remanso de sus propias cualidades. Ello sería tanto como querer que se hundieran en una singular inercia. No soy capaz siquiera de aceptarlo como signo en la discusión. Tengo la convicción de que el dinamismo en todo el pleito de la disquisición intelectual, es lo único que contribuye a un ensanchamiento del mundo. Lo otro es renunciar a la virtud del avance revolucionario.

Los signos políticos

Sin duda, la política tiene una singular importancia en mi existencia. No puedo negarlo. Siempre he dicho que el amor y la política, en su orden, son los hechos más fundamentales en mi vida. Ellos poseen un dinamismo y una reciedumbre que permiten que crezcan la vigilia y la acción. Así se crea lo fundamental, lo que nos rodea y nos permite la ensoñación.

Pero, también admito que la política no debe subordinar mis reflexiones. Unir éstas a prejuicios; someterlas a que consignen sólo lo que interesa a mis desvelos, a los de la colectividad, a los rigores inmediatos. Esto no es posible. El devenir tiene multitud de aristas. Demasiadas en su opulencia. Los valores ideológicos no alcanzan a establecer todas sus demandas. Para decirlo con exacta certeza: no puedo someter mi obra a unos enunciados

temporales. No comparto el criterio del escritor "comprometido" con una doctrina. Otra cosa es que pueda revelar mi sentido social de solidaridad con mi pueblo, con mi patria, con quienes sufren humillaciones por su posición social, política o religiosa. No comprendería que mi obra la pusiese al servicio de un sistema. Porque ella pretende servir a todos los hombres y no sólo a los de mi bandera. Sería parcelar, caprichosamente, lo que debo compartir con pluralísimos varones y con mujeres que vienen de participar en otras cavilaciones doctrinarias. Considero que la obra creativa no está para encadenar adhesiones caprichosamente, sino para desatar el río de los sueños de la humanidad.

La investigación histórica

No me ha complacido escribir sobre los asuntos básicos que me proponen, sin haber realizado una investigación. A veces avanzo más de lo indispensable. Es apenas una manera de dar respuesta a quienes confían en mis razonamientos. Es sin duda, una forma de pudor mental.

Hay una investigación que deseo relieves dentro de las que gobiernan mi desvelo de escritor. Es la que se relaciona con la historia. Al singularizarla, no pretendo sino hacer evidente mi pasión por la patria. Pero lo básico, es que sin ésta, no puede adelantarse ninguna obra que tenga valor de permanencia. Me gusta dejar explícitamente dicho que no sirve hacer una acumulación de datos y noticias. Ello es apenas un mecánico esfuerzo. Aquella goza de demasiados elementos para impulsarla. Están el modesto recodo de la aldea maternal; la comarca más amplia y donde se escuchan voces solidarias; y la patria que se abre como un ancho mar de claridades. Para poder hablar de todos estos singularísimos símbolos, es indispensable que la capacidad de ficción nos asista para reconstruir escenas, contar con viveza las anécdotas del discurrir humano, y que un viento de romántica poesía vaya empujando el velamen de los antiguos profetas de la nacionalidad.

Así, comprendemos que la historia es todo: el pasado y lo que esperamos del futuro. En su entraña está la bizarría hacia el porvenir. De allí que sea poesía y canción. Es drama, donde se enarrecen los más altos dilemas de la nacionalidad. Es el poder de respuestas colectivas que sacude a esta. Es el aleteo de la tragedia, en los instantes supremos. Es el arrebató que impide que se deten-

ga la pesquisa de un destino ideal. Y ella nos permite andar detrás de años, siglos, consumidos en el fuego de la pasión política; o en el bronco episodio de los héroes ensoberbecidos; o haciendo cotejos de cómo fueron las horas sosegadas. Pero para mí, básicamente, el interés fundamental lo manifiesto en situar los grandes pasos del pueblo, seguir sus huellas, descubrir sus impulsos que, a veces, se internan y desaparecen y luego, vuelven al sitio para hallar el fervor con que aquel iluminó la travesía de sus ansias. Esto lo analizo con rendida pasión. Se que es parte de lo que me pertenece.

Investigar nos lleva a un momento en el cual, uno se precipita en el tema con una constancia apasionada. Cada momento se reconstruye la época o el personaje que se atalayan. Se va de sorpresa en sorpresa. Ese deseo de análisis lo pone a uno en una vigilia trascendente. Nada puede escapar. Ni el documento erudito; ni la reconstrucción de la atmósfera de un tiempo; ni las peripecias de amor —clandestino muchas veces:— ni las anécdotas que avalan con humor o ayudan a esclarecer de dónde arrancan los furores violentos. Es como caer en un lugar en el cual la severidad del juicio va armando situaciones con piezas desconocidas. Cuando hallamos una de éstas, el edificio se mejora: se destaca un nuevo ángulo o se desmorona. De esa manera, todo nos sirve como viático. Investigar es como ir levantando capas superpuestas que se han acumulado así deliberadamente, para tapar, a veces, una realidad. El hallazgo es como un golpe de gracia. Invariablemente, nos sacude el alma, durante la investigación, como un viento de refrescante poesía.

El lenguaje

Desde luego, todo lo estamos construyendo con palabras. Estas brotan débiles en el papel. Se pueden utilizar al capricho. Con ellas podemos jugar arbitrariamente. Como depende de nuestra soberana pasión individual, no hay un sólo instante en que no estemos de amos absolutos.

¿Ello será cierto?. Creo que no es así. Porque ellas poseen un ritmo interior: designan instrumentos o valores muy reconocidos; sólo se entrelazan con otras de conformidad con lo que se trata de declarar; adquieren dimensiones diferentes en cada ocasión. Poseen su endiablado macrocosmos las palabras. Hay instantes en los cuales no las situamos en nuestro vocabulario. Tenemos que pensarlas en meticulosas meditaciones. Y tampoco así se aprisionan. Se esca-

bullen como agua que cae entre los dedos. Son pretensiosas, recelosas, femeninamente coquetas. Están a nuestro servicio si sabemos halagarlas, cotejarlas, vigilarles su crecimiento entre vocales y consonantes.

Lo primero que debe hacer el escritor es aprender sus reglas. Estas son exigentes. Se relacionan con la sintaxis, la ortología y la ortografía. Son inflexibles. Pero no imposibles de dominar. Las libertades que toleran, dependen de cuánta sabiduría poseemos para su gobierno. Les gusta que se las administre con sabiduría. Si se abusa de ellas, los efectos que se alcanzan son de descalabro. Así cobran que se les desconozca la opulencia de sus poderes ocultos.

En nuestro continente, el idioma se ha ido confundiendo con el mestizaje. Se ha pretendido que aquel está puro y limpio desde las fuentes. No es cierto. El fenómeno de la mezcla se ha cumplido inexorablemente. Los conquistadores y los Cronistas de Indias, sin proponérselo, fueron acomodando "su" lengua a las demandas que presentaba el relator de como era y es nuestro ambiente tropical. Esto exige cierto ritmo en la elocución. La frase se construye con las exigencias de lo que vamos a designar, obedeciendo a lo que nos circunda. Pero describir todo ese abigarrado escenario de la fauna, la flora y las inesperadas hazañas, exige que la poesía y la prosa se acomoden a los nombres con que se designan aquel o a las míticas reconstrucciones de ímpetus ciegos que gobiernan ciertos astros. En Colombia, por ejemplo, se sostiene que don Pedro de Solís y Valenzuela fue el primer escritor que llevó al caudal de la lengua el mayor número de voces mestizas. De suerte que así vemos como teniendo un tronco común, el español, las voces singulares del continente van ensanchando sus afluentes y ampliando el caudal maternal.

Las ideas, las doctrinas, los hechos de la historia, la gracia lírica, el demonio de la recreación de lo circundante, no están en la atmósfera. Se apoyan en palabras. Son éstas las que las ordenan. Ningún sistema de pensamientos es totalmente aéreo. Tiene aquí un rigorismo y éste es el del lenguaje. Unos sustantivos y adjetivos indefensos, esperan, silenciosamente, que los tomen. Pero qué vigilancia tenemos que ejercer sobre ellos. Hay que juzgarlos minuciosamente; aquerenciarlos con las materias sobre las cuales tratamos de escribir; mirarlos sobre el papel y ver si sí nos acompañan, con fulgores, en lo que pretendemos decir. Los vocablos tienen sus propias defensas. No son, como aparentan ser, tan frágiles y tan dóci-

les. Tienen su rudeza interior; su dogmatismo doctrinario que está en lo que representan y denotan dentro de un texto. Tienen mil defensas femeninas y sus sutiles marrullerías y coqueterías que, al final, nos esclavizan.

Lo que se escribe o lo que se describe, a veces demanda que se usen términos inflexibles, metálicos, de una aspereza impresionante. Que adquieren el acento de combate que demanda el expediente suscitado. El clima vocal se va integrando cuando menos lo piensa el escritor. Y se imponen vocablos rigurosos, con una porfía que determina su dureza. Esas frases aceradas, le dan a las páginas una tenaz resistencia a cualquier viento que traiga aromas de cercanía a la dulzura.

El escritor está igualmente asistido de instrumentos que favorecen su oficio. Los diccionarios con las palabras clasificadas, agazapadas, se acomodan en las bibliotecas, esperando que uno las despierte a la lozanía de su presencia. Y los vocablos se esconden discretos, casi recelosos de que no los asedemos con pasión querenciosa. Cuando uno los consulta, adquieren dos dimensiones diversas. Una, en que nos indican que no poseen nada que donarnos. Se ponen al margen de la desazón interior circunstancial, que nos desafía. Su simbolismo no coincide con los personales apremios. En otras oportunidades, saltan, nos sitian, avanzan sobre el escrito. Casi que se lo toman por asalto.

Y están los diccionarios de sinónimos. Ellos nos gritan, desde sus páginas discretamente grises, de cómo son las penurias en el lenguaje. Que no poseemos abundancia de expresiones; que somos menesterosos en descubrir cómo andan los adjetivos para calificar los diversos conflictos del existir. Pero, eso sí, que ellos nos liberan de las pobrezas. Nos asisten con su abundancia. Están con su río de similitudes, diciéndonos cómo hay nuevas fuentes donde abreviar. Y van rodando las palabras, casi cantando, como el agua en las caídas que construimos caprichosamente en los campos.

El dialecto nos demanda una larga y lenta paciencia en su análisis, en su identificación, en su examen. Para que aquel se presente con sus resplandores, se requiere que la ortografía le dé su categoría. Una letra mal empleada, puede sacrificar la intención y la profundidad de una sentencia. Una oración, deliberadamente proyectada, si no tiene las palabras justas, con sus acentos y con sus sílabas bien sometidas a las reglas, se va derrumbando y no llevará

las respuestas que queremos proponerle al lector. Para esta noble tarea estaba la escuela —¿aún persistirá en su empeño?— que con un maestro paciente, frente al tablero humilde, repetía sabidurías. Estas, en mi caso, me asisten a través de una fina inteligencia y sutil sensibilidad que me acompañan en desvelos, sueños y desgarramientos.

El ensayo crítico

Sin el ensayista crítico, no hay un avance permanente en todos los órdenes de la creación. Se produciría un receso. Por la sencilla razón de que no habría quien ampliara el significado de las obras, las interpretara, les buscara nuevas relaciones con afectos que apenas se rozan, se sugieren o se intuyen. El crítico sitúa el origen y, además, amplía sus irradiaciones. Aquel lo que realiza es proyectar nuevos enfoques de un tema. Y le da una trascendencia para que permanezca. Si está circunscrito al examen y debate de teorías, las toma en su esencia, las esclarece y les agrega ingredientes doctrinarios. Así explora otras fases que, al primer escritor, se le escaparon. Se ennoblecen, sin duda, las inminencias de cercanía a unos pensamientos que anhelan poner orden en el debate de las ideas. El ensayo crítico recrea la voluntad de claridad para situar los diferentes aspectos del universo mental.

Si no se cuenta con aquel, los autores no tendrían quien les indicara, al hombre del común, cuáles son los diferentes significados de lo que éste ha querido decir. Si no escribiera, de la obra del novelista o del cuentista, se quedarían muchas zonas sin comprenderse. Los pensadores tampoco podrían repartir sus conocimientos con tanta repercusión en el medio cultural. Porque el ensayista, en ambos casos, profundiza, da las señales. Ni el narrador, ni el ideólogo, podrían desempeñar esta faena de minucia, previsión y ensanche de su universo.

La función del crítico, es para clarificar y explicar. Para indicar las claves que se desconocen por el lector desprevenido. Las que no se hacen evidentes al revisar el texto y buscar cuál es la importancia de la obra. Las que no son obvias. O, al menos, no poseen esas connotaciones y repercusiones para quien las lee sin una previa preparación. Sin conocer muchos de los secretos de la alquimia mental. La exploración en los secretos vitales, la puede hacer el crítico. En ocasiones, los creadores desdeñan a éste, sin darse cuenta de que sin él, no habría quién los comunicara con sus lectores, dándole precisión a sus mensajes.

Algunos sentimientos permanentes

Un ensayista, como cualquier otro escritor, requiere estar apoyado en creencias, en disertaciones, en conmociones que permanentemente sacudan su imaginación. Que la mantengan en vilo. Que nada permita que se produzca un arrasamiento. El, debe vivir en permanente agitación. Le demanda que sustente el asombro. La capacidad de maravillarse, frente a toda manifestación de la cultura, debe permanecer siempre alerta, vigilante, insistente en su capacidad de renovación. Como si siempre fuera el comienzo. Declararnos, en el deseo de examinar, insatisfechos. Nunca se logra llegar, concluir. Aún nos falta demasiado por descubrir. Se debe actuar como que apenas fuera el principio. Como que el comienzo azotara las vertientes del ensueño.

En mí hay valores que invariablemente me despiertan júbilos: por ejemplo, para hacer unas brevísimas referencias, la patria, la libertad, la solidaridad en el amor humano, la claridad en lo doctrinario, la reciedumbre en la lucha comunitaria. El sentir la existencia como un desarrollo integrador. No estar frente a ella como contraparte: "La vida es una unidad secreta y donde actúa con más eficacia es allí donde se esconde sin proponérselo". De allí que sea incapaz de señalar las diferentes guías que sacuden, gobiernan y orientan mi obra. Van aflorando, incontenibles, al repasar los capítulos innumerables que he escrito en el transcurso de mi creación literaria.

Ahora, debo declarar que lo que más me apasiona es el poder situar un diálogo, sin barreras, con la gente joven que está trabajando en los menesteres culturales. Con ellos puedo discutir, abiertamente, sin cortapisas ni resabios intelectuales, sin restricciones estéticas. Así he alcanzado a penetrar en la hondura y connotación de su obra, todos los temas. Lo que más debe preocupar a un ensayista, es alcanzar a inmiscuirse en los problemas que afectan a la juventud creadora, sin levantar barreras ni hostilidades eruditas. Si se adopta otra postura, estamos negándonos la posibilidad de entender la cultura contemporánea y ésta época conturbada. Para ello, como para mirar el mundo, lo único que requerimos es una buena actitud ante los fenómenos mentales. Lo que tenemos que adoptar como divisa es la "reverencia hacia los quehaceres de los hombres".

La Violencia

Entre los elementos desgarradores con los cuales se ha visto enfrentada mi generación, aparece la Violencia. Ella marcó nuestro paso humano y nuestra huella mental. Además, convulsionó al país, sin que sepamos cuándo lo recobramos de sus consecuencias que se prolongan en mil defectos que se han ido institucionalizando. No se alcanzarán a dar cuenta del daño profundo que le causaron a la patria, quienes la desataron.

Lo inicial, fue la batalla frontal, la oposición frenética a toda acción de los gobiernos de la "República Liberal". Desde el "atentado personal" hasta la "república invivible", se predicaba.

Nunca la palabra ha sido tan demoledora. Cada día sacrificaba, hundía, le restaba connotación a alguno de los símbolos nacionales. Los adjetivos duros, con una carga explosiva en el odio, fueron arrasando con los principios humanos de convivencia. Jamás se ha abusado tanto de las frases inquietantes como en esas horas de perturbación política. Se puede repetir que, en el comienzo de la violencia, el Verbo fue el principio.

Después se planeó, desde el gobierno, una acción minuciosa. Al comienzo en las veredas lejanas, actuaba la policía y el ejército. Estas, escuchaban órdenes políticas y esto las rescata de parte de su responsabilidad. El actuar en despoblado, garantizaba la impunidad. No contábamos con el primer asomo de guerrilla. No había desconocimiento de la autoridad. Después se avanzaría hacia los pueblos. Se indicó que no debían realizarse actos en las ciudades donde el liberalismo tenía mayorías abrumadoras. Que éstas se debían perseguir en los sitios lejanos. Porque el objetivo consistía exclusivamente en doblegar su vigor electoral.

Para calificar esta etapa, se han lanzado dos enunciados que ayudan a desfigurarse históricamente, lo que sucedió. Se ha venido repitiendo que lo que se vivió fue "una guerra civil no declarada". Si ello se acepta, el gobierno hallará quien lo justifique en la acción de La Violencia. Es tanto como aceptar que el gobierno debía defenderse. Que obró en legítima defensa, pues le estaban proponiendo un combate. Ello no es cierto. Es una trampa verbal que hábilmente se ha sugerido para que la coreen los incautos. Y éstos son más, que los que entienden el peligro de recalcarla.

Como sustituto se propone la otra alternativa. La Violencia comenzó el 9 de abril, cuando cayó abatido el líder Jorge Eliécer Gaitán. Otra falacia. Y ella sirve, igualmente, para justificarla. Para que al gobierno no le descubran el vínculo inicial en tan cruel desangre nacional. Y ¿ello por qué?. Por algo elemental: Si arranca del 9 de abril, cuando una ciudad como Bogotá sufrió tantos desmanes de revuelta, entonces se alegrará que el ejecutivo tenía que defenderse, garantizarle a la ciudadanía el orden público. La Violencia sería, así, una tentativa de rescatar al país del caos. Es otra afirmación que no debe validarse, porque no es verídica y confunde el juicio y el análisis históricos.

Como es igualmente inexacta la interpretación, que con tanta ligereza se formula, de que la Violencia que arranca en 1947, tiene su motivación en la reivindicación de la tierra. Es la manía de presentar un factor social, como motor. Igualmente, crea confusión y desvía en el porvenir, a quien estudie este doloroso fenómeno. Quienes la vivimos y padecemos, sabemos que fue un acto político. Descarnada y cruelmente político. Lo otro, es poner velos complacientes y amables sobre la objetividad macabra de esa época. Por ser neta y exclusivamente política, esa Violencia tiene menos atenuantes para formular la crítica de su truculencia y ensañamiento.

Mi generación, —quienes trabajábamos intelectual y políticamente—, sufrió la restricción en su expresión. No pudimos hablar de lo que amábamos. La censura plegó las palabras escritas y habladas. Ni en el periódico, ni en la radio, ni en el parlamento, ni en la plaza, podíamos predicar nuestra verdad. Nos cercó el silencio. Fue otra manera de manifestarse La Violencia. Y de una dureza impresionante porque era detener la pesquisa de reflexión en torno de la identidad nacional. La patria nos la cancelaron con rencor y bafa. Nos sentíamos desterrados en los linderos de la propia tierra.

En cuanto los actos bárbaros se sucedían, cada liberal colombiano fue comprendiendo que “nadie sabe quién va a venir a su casa, ni nadie sabe dónde va a estar la casa”. Ya no se podía gozar, con tranquilidad, de ese refugio de intimidad y de paz. El asalto a la hora inesperada, corta el diálogo de amor. Se vive en desasosiego, atormentados en la vigilancia anhelante. Al avanzar La Violencia, es imposible usufructuar los bienes. Porque en el campo, el asalto sorpresivo, no deja reposo al hombre. Más tarde es imposible aprovechar lo que se poseía en el pueblo. Estos aspectos económicos de

La Violencia fueron muy posteriores y son una etapa muy ulterior en aquel fenómeno injustificable. El aprovechar La Violencia económicamente, no fue motor inicial, ni el estímulo para realizarla. Así como la guerrilla liberal, se presentó mucho tiempo después. Fue un movimiento de defensa. Habían pasado varios años de acción política dirigiendo al ejército y la policía, antes de que se presentara la resistencia campesina.

Se vivía en dramática angustia. No se sabía a qué hora se tenía que huir; o esconderse y esperar en mutismo, mientras un hilo de pavor recorre la emoción de las mujeres y los hombres. Así comienza el éxodo a las ciudades. En éstas, se trata de desaparecer. De perder la identificación personal y política. Hundirse como hombre de libertad. Y el ser se sentía abatido porque dejaba de tener conducta frente a su pueblo, su colectividad, su medio. Debía de sepultar todo lo que era y es su vida, en el silencio.

Nace el estado de sitio. Ha sido un recurso que emana de la Constitución de 1886. Con ésta, invariablemente se ha gobernado con facultades extraordinarias y apelando al artículo 121. Con éste, uno siente, especialmente quienes escribimos y hablamos en público, que la vigilancia permanente sobre nuestros actos, es una manifestación de la dictadura, a pesar de que se pregone gobernar democráticamente.

Se van clausurando las discusiones. Los discursos, que han conformado nuestra opinión ciudadana, desaparecen. ¡Oh!, estoy diciendo algo que no es cierto: sólo se escuchaba la voz de los amos que predicaban, apoyaban, justificaban La Violencia. Nos perseguía en las ondas de la radio y nos sentíamos humillados, porque no podíamos protestar, argumentar contra la falacia; sometidos, porque el pavor crecía aún más en la medida que inundaba el recinto privado del hogar; acongojados, porque cada adjetivo caía como una admonición de los nuevos poderes de abominación que se pueden desatar contra nuestras vidas. Se nos adelgazaba la tristeza. Y un dolor colectivo unía el alma de los perseguidos.

Aún más: los métodos de terror ya experimentados por el fascismo, el nazismo, el franquismo, aquí se mostraban en sus refinamientos. Esas sutilezas de pavor, aún caían más sobre el alma de los colombianos. Se sentía que las "técnicas sociales" se estaban empleando con inclemencias insospechables, en sus refinamientos, contra quienes ostentaban una determinada ideología. Así fuimos

conociendo el lado de intimidación que posee el Estado. Descubrimos las perversidades ingeniosas de que son capaces los hombres. Ya quedamos marcados por el resto de nuestras existencias. Y aprovechando esa mordaza que crecía para mantener ese clima de Violencia, fueron aflorando múltiples figuras de delincuencia. Algunas de éstas, persisten. Porque el daño de La Violencia, no sólo se encuentra en los muertos, el incendio y el despojo. Se continúa con el daño que se introdujo en las costumbres un poco ingenuas en que vivía nuestro pueblo. Es haber radicalizado al campesino al cual se juzgaba como factor de equilibrio dentro de nuestra comunidad. El comprometer a tantos sacerdotes en la defensa de la crueldad, propició un lento y progresivo derrumbe en la colectividad colombiana.

El silencio, la ausencia de crítica pública, facilitó el "serrucho" en la administración pública. El funcionario sintió que no existía y no se manifestaría por demasiado tiempo el juicio social. Se le tomó confianza así a los dineros públicos. Las más intrincadas, y otras veces descaradas maneras, de escamotear el dinero oficial, comenzaron a tener demostraciones de habilidad. A veces fue el robo, sin cortapisas. Y el contrabando, que no se acomodaba a las costumbres ciudadanas, fue dando prestigio de ingenio y habilidad. De esa manera se iba destruyendo un país que se había movido en zonas de republicana y democrática austeridad.

Pero a la notificación de la mordaza; a la censura como sistema político; a la clausura de cualquier protesta ciudadana, se le agregaron nuevos elementos: la vigilancia, el asedio del detective, el hallar al individuo en incapacidad de realizar ningún acto, por simple que sea, sin que el estado esté a su lado, con un gendarme desafiante, o con un "soplón", que amarga el caminar para cumplir los más humildes oficios.

Nace otra manera aún más cruel en la cobardía. Porque no obra de frente; no desafía de cara al hombre; no se expone con osadía directa. No. Es el uso de lo subterráneo; de lo que no dice su nombre de infinito acobardamiento; lo que no deja ver la mano que señala; ni la voz que pronuncia nombres, en los oscuros laberintos del encono. Es la delación. Esta presenta el rostro pálido de lo medroso.

Así nos crecía el dolor de la patria. Esto quizás ayudó a que la amáramos más, con honduras que nacen de las complejas sordide-

ces que nos asediaron. Esto favoreció el que la convivencia se nos volviera además permanente. No queremos que nadie padezca en dolor soterrado lo que a nosotros nos conturbó el alma. Personalmente, cada vez que el país lo ha demandado, he estado tratando de armar el diálogo entre los colombianos. Me tocó participar en el movimiento de pacificación que emprendió el Frente Nacional. Recuerdo cuántas horas de coloquio tuve que emplear para que éste volviera a surgir, sin recelos, entre las Fuerzas Armadas y los campesinos. La Violencia los había separado. Todo tenía una arrasadora intensidad de odio. A mí me queda la alegría humana y reciamente colombianísima, de haber visto platicar a quienes se miraban con desvío. Ello lo recuerdo con la emoción de quien ha ayudado a rearmar piezas del engranaje democrático colombiano.

Una posición ante el mundo

Para uno expresarse, se requiere tener lucidez ante el universo. Saber qué amamos y qué repudiamos. Dónde comienzan las identidades y en qué sitio se detienen los júbilos. Es una comprobación de que unas severidades ideológicas, gobiernan el espacio de nuestra vida. Esta, reclama claridad.

Desde el punto de vista político —que determina tantos actos de mi acontecer— siempre he militado en el liberalismo de mi patria. Que posee una virtud: andar renovándose, con criterio filantrópico, en firme inclinación hacia lo popular, porque predica la fraternidad de los grupos sociales. Y ésta sólo se alcanza si hay un nivel de justicia social. Allí anclé desde los primeros destellos de razonamiento. Jamás he desertado. Por ello, he pasado diferentes etapas de mi existir, sin cavilaciones. Al amparo que da la seguridad de una doctrina. Así fue manifestándose una juventud sin dudas, sin devaneos exploratorios hacia la aventura política. A ésta se ha visto expuesta mi generación. Y así han naufragado inteligencias lúcidas, voluntades de combatientes. Porque ellas y éstas, se ven constreñidas a las vehemencias y precisiones de verdades —de derecha o izquierda— que atenazan, esclavizan. Que no dejan que la libertad sople su viento democrático.

Mi posición política, me ha permitido hacer los amplios gestos que conducen a la justicia social. Pero sin someter en dolor político a ninguno de mis semejantes. Porque siempre escribo en aire de libertad. Por eso mismo, en mis libros, invariablemente, hay enunciados de soluciones comunitarias. Estas son proclives al fracaso,

cuando todo se mueve entre vacilaciones. De otra manera, tienen la reciedumbre de la convicción. Y ésta crea, reparte dones, estimula aventuras creadoras. Se interna por el universo azaroso de los hombres. Explorando para éstos solaz y descanso a sus desgarraduras colectivas.

¿A quién habla el escritor?

Invariablemente, cuando en medio del recogimiento de la biblioteca; o en el bullicio de los aeropuertos; o en la apasionante y trepidante redacción de los periódicos; o en el medio exigente a tantos reclamos de la oficina de abogado; o en la mitad de las conversaciones amicales, escribo, me asalta una pregunta: ¿a quién estaré hablando?. ¿Quién escuchará mis palabras?. ¿Mis razonamientos si despertarán alguna conciencia; acelerarán una solución; darán descanso a alguien en sus perplejas incertidumbres; ¿y mi lenguaje atado en frases de fraternal ternura anhelando coincidencias entre sustantivos, adjetivos y adverbios, ¿qué sino tendrá?, ¿cuándo la obra sale de mis manos, ya de quién es?.

Se que inicia un largo recorrido. El más incierto. No tengo recurso alguno para saber quién la leyó y en qué momento. No para indagar con cuál aire soplando sobre el espíritu del lector: ¿el de la coincidencia, el de la desolación, el del escepticismo, el de la indiferencia, el de la corrección?. Y siguen ampliándose las preocupaciones: ¿cuándo otros ojos recorren esas líneas, sobre las cuales pasé tanto tiempo con amorosa vigilancia, le indicarán aquello que quisimos decir?. Sin desconocer que el escritor apunta al futuro.

Creo que he sido feliz al obtener unas respuestas generales que me advierten que mis palabras han caminado hacia seres que me declaran los júbilos que les despertaron. La mayor satisfacción es cuando compartiendo el diálogo con grupos extraños, de personas que jamás hemos visto, en congresos en los cuales participan los más disímiles varones, alguno de ellos proclama mi nombre con argumentos que apuntalan con frases que dijimos en este afán por la claridad humana. Alegrías ciertas nos han crecido cuando en una manifestación política, alguien, a veces el más anónimo, nos detiene para decirnos, casi con tímido recato, que viene tratando de hallarnos en el largo tiempo de la coincidencia, porque en el capítulo de uno de nuestros libros, él halló respuestas que lo siguen asistiendo en el complicado denuedo del existir. O que le han permitido afrontar, sin dudas, lo inmediato. Y, a veces,

—muy pocas por nuestra lejanía de la bohemia— en una cantina un espontáneo se levanta, al reconocernos, y recita unos trozos de una prosa que cuenta o interpreta parte de los conflictos que nos ha tocado en suerte compartir.

Y no amplío los ejemplos. Cualquiera de ellos, me trae una noticia fresca a mi existir: que mi obra me ha rodeado de identidades. Que no estoy solo. Que ando entre quienes tienen en mis palabras su fraternal soporte. Y esto justifica mis desvelos.

El aliento de las creencias

Vale la pena, al llegar al final de estas exploraciones incompletas de por qué escribo, hacer una especie de credo de lo que vigoriza este permanente surgir entre las débiles virtudes del lenguaje. He considerado que mi función es democrática. La cultura debe estar al servicio de la colectividad. Nada justifica el poner el extraño y misterioso poder de las palabras al servicio de afanes elitistas: Hay que escribir al nivel del hombre, de sus alegrías y sus tormentos.

Amarrado a la dura greda de la patria, he escrito mi obra. Aquella la he recorrido tanto; la he descubierto en sus diversas veredas, que me golpean el razonamiento y la emoción. Me sirven de centro para crear. De otra manera, me sentiría suelto, a la deriva, vacilante. Y la amplitud de mi visión, se ha dilatado con una creencia muy indoamericana de la obligación de ponernos en quicio con lo que el trópico nos ata y nos estimula.

Jamás hemos concebido el escribir como un don excluyente. Al contrario, lo siento como un mandato para ennoblecer y ensanchar la inteligencia pública. Lo colectivo demanda respuestas.

La cultura es igual a una democracia activa. Es como un gran fresco, donde cada visión del ser debe confluír al ancho mar del destino humano.

De ahí que lo que se escribe, debe despertar apetencias para que el hombre posea el derecho a escoger lo mejor que entrega la existencia.

Y la gran propuesta que uno puede formular a sus lectores, es que no se inclinen ante ningún dogmatismo. El estar subyugados a cualquier valor, por inmanente y trascendente que sea, es tanto

como someter el poder de creación intelectual. Porque así quiebra el ala de la autonomía mental.

Escribir es un arte, pero es vocación, oficio, profesión. Y lo gobierna un azogue interior. Sin éste la prosa no tiene ni fulgores ni densidades.

No puede sentarse uno ante la mesa a urdir el milagro de las palabras, bajo presión o sometido a patrones pre-establecidos. Todo control, censura, dirección rigurosa, cancela la espontaneidad de decir cómo se ha ideado la vida y el afán común de los hombres.

Acepto, y así lo predico, que mi verdad no la debe manejar nadie. Ni decir a qué brújula se somete para tomar su rumbo. Porque éste no consiente ser predeterminado. La emancipación mental, se perdería. Y como consecuencia elemental, la capacidad de crear.

Nada tolera que se tome una postura de arrogancia. No es posible porque el escritor confronta demasiados deberes. Su misión no es individual. Es de acento colectivo. El poeta lo dijo con esclarecedor aliento:

*"Si sólo soy un hombre entre todos los hombres,
que al menos, muestre a todos que yo confío en ellos".*

La primera responsabilidad es no estar lejano de lo común, de lo inmediato, de lo cotidiano. Sobre estos materiales debe trabajar. Y, por cierto, que con humildad. El escritor no hace más que descubrir, contar, mejorar con su imaginación, o influir con su razonamiento, sobre las cosas que lo rodean, obedeciendo a un mandato humano.

A veces la muerte nos ha azotado. La alegría se nos borra al pronunciar o escuchar un nombre. Ello nos acerca a las angustias que nos atan a todos. De pronto, una lágrima se detiene en la pupila. Es cuando escuchamos, una vez más, la voz potente del padre. Ella nos viene desde el recuerdo. Cuando niños parecía que ya nos iba a inundar el llanto. Era en aquellos momentos de los viajes en la media noche, por los parajes medrosos; cuando las bestias se hundían en los "tragadales" del barro; los rayos despejaban las sombras por brevísimos instantes; la tormenta del agua azotaba el rostro infantill; los árboles caían con la dureza de lo fatal, en la oscuridad; las piedras se desprendían de la montaña solemne y

misteriosa. En ese instante, precisamente en esas circunstancias dramáticas, se levantaba la admonición paterna: "esto es para hombres". Y allí se detenía la lágrima.

Esto lo hemos contado, quizás para poder decir al final de estas notas que lo que más agradecemos al arte y artesanía de escribir, es que nos ha permitido hallar, de pronto, una voz, una mano, que nos hace sentir concordancias. Que nos indica que las frases que ordenamos no están, al desgaire, solas. Que las rodea una solidaridad. Y ésta nos anima y nos empuja a nuevos denuedos. Así vuelve a inflamarse el fuego de la ensoñación.